

UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA
Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales

El ciclo de impugnación a la hegemonía europea en la periferia mediterránea de la eurozona: el movimiento contra la austeridad y la nueva izquierda radical en Grecia, Portugal y España (2011-2021)

Alumno: Leonardo Fabián Benjamín Frieiro

Tutor: Dr. Andrés Reggiani

Julio, 2021

Resumen:

La crisis económica global se trasladó hacia la Unión Europea en 2010, cuando varias de las economías nacionales se mostraron simultáneamente insolventes tanto para financiar sus déficits como para garantizar el pago de sus deudas soberanas. La respuesta de la Unión Europea fue la construcción de una nueva forma de estatalidad y de gobernanza para garantizar la aplicación de la austeridad. Los efectos de esta estrategia de gestión de la crisis desataron nuevas formas de movilización política que confrontaron con la hegemonía proyectada desde las instituciones de gobierno de la Unión Europea, para luego dar lugar a nuevas formas de politización.

El objetivo general de la presente tesis es analizar el surgimiento, auge y declive de la nueva izquierda radical en la periferia mediterránea de la eurozona, a través de la secuencia histórica de formulación, impugnación y posterior reformulación de la hegemonía del bloque histórico europeo. Desde una perspectiva neogramsciana de los estudios internacionales proponemos, primero, interpretar el surgimiento, el desarrollo y expansión de las nuevas izquierdas radicales en España, Grecia y Portugal en tanto expresiones de una crisis general de hegemonía del bloque histórico europeo. Segundo, buscamos situar estas experiencias en el marco de un proceso de contestación contrahegemónico común que denominamos ciclo de impugnación a la hegemonía. Por último, analizamos cómo las izquierdas, en tanto experiencias particulares de un fenómeno general de la periferia de la eurozona, se enfrentaron a un proceso de readecuación ideológica y estratégica frente a las políticas de estabilización y la reformulación de la hegemonía en Europa.

Índice

Introducción	1
El caso griego: de los <i>aganaktismenoi</i> a SYRIZA	11
1. Grecia: europeización, crisis y rebelión	11
2. El movimiento griego contra la austeridad: de las calles a la nueva izquierda radical.....	14
3. De las calles a las urnas, de las urnas al gobierno: el primero mandato de SYRIZA	19
4. El declive de SYRIZA: el repliegue de una alternativa radical a la austeridad	25
5. La decadencia de SYRIZA: el cierre del ciclo de impugnación a la austeridad.	29
El caso portugués: de la <i>Geração à rasca</i> al Bloque de Izquierda	32
1. El proceso portugués de incorporación a la UE: ¿una excepción?	32
2. Austeridad antes de la Troika (2009-2014).....	35
3. Austeridad después de la Troika (2011-2015)	39
4. La <i>Geringoça</i> : una respuesta ¿efectiva? Contra la austeridad	43
El caso español: del 15M a Podemos	53
1. La transición española: posfranquismo, democracia y europeización.....	53
2. El 15M: el llamado a la «indignación» contra el régimen del '78	58
3. Podemos: de la indignación al «asalto a los cielos»	62
4. Unidos Podemos: transversalidad, ruptura y llegada a la Moncloa	72
Conclusiones	79
Bibliografía	85

Si estás atrapado en el sueño de otro, estás en problemas.

Guilles Deleuze.

En la política el cerco es recíproco, a pesar de todas las apariencias, y el mero hecho de que el dominante tenga que sacar a relucir todos sus recursos prueba el cálculo que ha hecho acerca del adversario.

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel* (C. VIII; PP 71).

El Gobierno de Tsolakoglou ha aniquilado toda posibilidad de supervivencia para mí, que se basaba en una pensión muy digna que yo había pagado por mi cuenta sin ninguna ayuda del Estado durante 35 años. Y dado que mi avanzada edad no me permite reaccionar de otra forma (aunque si un compatriota griego cogiera un kalashnikov, yo lo apoyaría) no veo otra solución que poner fin a mi vida de esta forma digna para no tener que terminar hurgando en los contenedores de basura para poder subsistir. Creo que los jóvenes sin futuro tomarán algún día las armas y colgarán boca abajo a los traidores de este país en la plaza Syntagma, como los italianos hicieron con Mussolini en 1945.

Dimitris Christoulas, en la carta que escribió antes de suicidarse.

INTRODUCCIÓN

En la madrugada del 4 de mayo del 2010, una decena de activistas de izquierda se movilizó hacia la Acrópolis de Atenas y en la cima del Monte Olimpo desplegaron dos inmensas banderas, una en griego y la otra en inglés, que decían: «*Pueblos de Europa ¡levántense!*». La imagen, de una importante potencia simbólica, retrató la situación: el continente había entrado en ebullición.

El objetivo del presente trabajo es, primero, analizar el proceso político y social mediante el que la crisis de la eurozona se tradujo en la formación de un nuevo movimiento social transnacional de impugnación a la austeridad. Luego, propone examinar cómo ese movimiento se tradujo en la representación política impulsando una nueva izquierda radical en España, Grecia y Portugal. En tercer lugar, busca reconstruir el proceso en el que esa nueva izquierda ensayó una alternativa a la gobernanza de la crisis promulgada desde las instituciones europeas y, por último, proponer un marco de interpretación de cómo esas élites continentales lograron contener la interpelación, reconfigurando su estructura de dominación.

La crisis global de 2008 había mostrado su capítulo europeo con el comienzo de la crisis de la eurozona en 2010, cuando varias de las economías nacionales se mostraron simultáneamente insolventes tanto para financiar sus déficits como para garantizar el pago de sus deudas soberanas. La primera respuesta «europea» fue la adopción de un conjunto de políticas de contracción presupuestaria, con el objetivo fundamental de rescatar la moneda única del colapso (Lapavitsas, 2018). Esta gestión de la crisis promovida desde las instituciones de la gobernanza europea –la Comisión Europea (CE) y el Banco Central Europeo (BCE)– implicó un proceso de «despolitización» del gobierno de la economía cuyo principal resultado la acentuación de la confluencia ideológica de los grandes partidos políticos de centroizquierda y centroderecha que habían moldeado la «normalidad» de la competencia política en los países de la eurozona.

La crisis de la eurozona fue un golpe asimétrico que, como señalaron Longo y Murray (2015), puso fin a la narrativa oficial de las instituciones de la Unión Europea que presentaban el proceso de integración como un éxito continuo. La crisis, que adoptó la forma de una crisis de deuda privada –como en España y Portugal– o de deuda pública –como en Grecia–, produjo un desdoblamiento dentro del proceso de integración europeo: en primer lugar, se generaron de hecho dos divisiones entre los estados dentro de la eurozona. La primera, relativa a la geografía política, dividió a los países del norte y los países del sur, y expuso un problema para la lógica de la integración (Longo & Murray, pág. 83). La segunda, desde la economía política, exteriorizó las divergencias estructurales entre los estados. Para Hall (2012), los países del norte y el sur de la zona euro se dividen principalmente por su patrón de especialización económica que da origen a dos modelos de acumulación: uno basado en el crecimiento de la economía mediante los excedentes de exportación –como en Alemania–, y otro basado en el impulso de la demanda agregada mediante el endeudamiento –como en Grecia, España y Portugal–. De esta interpretación se desprende la división ulterior de la eurozona entre países deudores y países acreedores, como proponen Parker y Tsarouhas (2018) para quienes la agudeza de la crisis de la eurozona se explica por la imposibilidad estructural para dar una respuesta única y conjunta a modelos de acumulación intrínsecamente disimiles.

Se generó además otro tipo de clivaje: entre ganadores y perdedores de la crisis. No nos referimos a los estados-nación sino a grupos sociales amplios que pueden ser entendidos en términos transnacionales y que divergieron en base a su capacidad de agencia para hacer oír e imponer sus intereses dentro de los mecanismos e instituciones de la gobernanza europea para la gestión de la crisis. Los jóvenes, los trabajadores y las trabajadoras de poca y media calificación y los pensionistas, sobre quienes se descargó buena parte del costo económico de la crisis, fueron

los perdedores –tanto en términos relativos como absolutos–. En cambio, la banca europea, los sectores financieros y los grupos empresariales orientados hacia la exportación de productos y servicios resultaron ganadores, ya que se beneficiaron tanto de los rescates y la nacionalización de sus deudas, como también de las políticas de salvataje «cueste lo que cueste» del euro.

La crisis de la eurozona reveló una relación jerárquica entre los miembros de la Unión Europea, presente desde la firma del tratado de Maastricht (1992), por medio de la conformación de una superestructura institucional que moldeó la forma política de la idea misma de “Europa” que rige hasta hoy en día. Lapavitsas (2018) detalla que la entrada en escena de la moneda común supuso el desarrollo de una estructura de poder particular conformada, de un lado, por un centro compuesto por las economías más competitivas y con mayor capacidad de exportación industrial –principalmente Alemania, Francia, los Países Bajos, Austria e Italia (que se encuentra en una posición dual)–; y del otro, dos periferias con dos periferias: una dentro de la eurozona, la periferia sur compuesta por Grecia, España y Portugal, y una periferia en Europa Central mayoritariamente de países fuera del euro – Polonia, República Checa, Hungría, Eslovaquia y Eslovenia (Lapavitsas, pp. 7-8). La relación jerárquica quedó claramente expuesta con el estallido de la crisis, cuando los países del núcleo lograron dictar las políticas nacionales de los países de la periferia blandiendo su posición de acreedores. En este sentido, Alemania se proyectó como el país dirigente dentro del núcleo, siendo el mayor acreedor de la eurozona y con un rol central en el diseño de las políticas proyectadas desde las instituciones europeas (Flassbeck & Lapavitsas, 2015, pág. 10).

La respuesta a la crisis fue la implementación continental de la austeridad, que entendemos como «una forma de deflación voluntaria en la que la economía se ajusta mediante la reducción de salarios, precios y gasto público para restaurar la competitividad, que (supuestamente) se logra mejor recortando el presupuesto, las deudas y los déficits del estado» (Blyth, 2013, pág. 2). Más

importante aún, la respuesta a este modelo de gestión de la crisis fue la emergencia de un proceso prolongado de movilización social que se desarrolló hasta convertirse en una crisis política compleja, sincrónica y geográficamente extendida a lo largo de la eurozona.

Para entender de una forma más completa las resistencias, necesitamos puntualizar qué fue lo que entró en crisis. Algunos autores, entre los que se destacan Krugman (2012) y Feldstein (2012), interpretan la crisis de la eurozona como un fenómeno principalmente financiero: la crisis fue el resultado de una falla de origen del euro, en la que los promotores de la integración europea intentaron contradecir la teoría de las áreas monetarias óptimas solamente para estrellarse contra ella. El euro, desde esta perspectiva, fue un experimento incompleto: si bien se garantizó la libre movilidad del capital, tanto la movilidad de la mano de obra como la formulación de una política de integración fiscal quedaron truncas. Sin barreras para la inversión, grandes flujos de capital fueron desde el centro hacia la periferia de la eurozona porque encontraron condiciones más rentables de inversión en países que habían flexibilizado sus mercados de trabajo como parte de su proceso de integración a la Unión Europea. Se generó un *boom* económico, pero cuando ese flujo de capital frenó de repente con el inicio de la crisis financiera global, el euro se encontró con un problema de desfasaje estructural. La idea chocó con la teoría. Joseph Stiglitz (2016) también pone énfasis en las fallas de origen del euro y analiza la crisis de la eurozona desde su faceta financiera, pero a diferencia de los autores anteriores observa que los defectos originales de la moneda común europea no se deben tanto a su arquitectura financiera, sino a los criterios de política económica, en particular a la búsqueda de convergencia entre las economías según las ideas centrales del neoliberalismo (pág. 37).

Más allá de la faceta financiera de la crisis, Vivien Schmidt (2020) propone incorporar la dimensión política postulando que, más allá de la economía, el desafío más importante para la

Unión Europea ha sido la emergencia de una crisis de legitimidad (pág. 7), entendida en los términos de la teoría social sistémica de Jürgen Habermas (1988). El filósofo alemán define la crisis de legitimidad como una pérdida general de la confianza en las instituciones políticas y administrativas, pese a que estas conservan la autoridad legal y jurídica para ejercer el poder de gobierno (Habermas, 1988, págs. 46-47). Para Schmidt, la crisis de legitimidad de la Unión Europea fue producto de una forma de gobernanza de la crisis en la que los mecanismos de toma de decisiones se transfirieron a las instituciones europeas, mientras que la competencia política y la representatividad democrática quedaron dentro de los límites nacionales. Esta incongruencia entre, por un lado, las capacidades de los gobiernos democráticamente electos y, por el otro, la transferencia de las instancias de decisión política a espacios supranacionales formales –como la Comisión Europea y el Banco Central Europeo– o informales –como el Eurogrupo– sin una clara legitimidad democrática de origen, generó una crisis de legitimidad tanto de las dirigencias políticas nacionales, como de la alta burocracia de la Bruselas (Schmidt, 2020, pág. 28).

A pesar de que tanto los enfoques centrados en las fallas de la arquitectura financiera de la eurozona o en la mecánica política de la gobernanza europea ofrecen elementos necesarios para analizar la crisis de la eurozona, en la presente tesis proponemos utilizar otro edificio teórico. A partir de la teoría política de Antonio Gramsci, postulamos que el proceso económico, social y político que tuvo lugar dentro de la eurozona desde 2011 no fue solamente una crisis financiera o de representación política, sino una crisis de hegemonía. Por hegemonía, entendemos una forma de dominación no solo ejercida por estados, sino por grupos sociales, clases y fracciones de clase que operan tanto dentro de los Estados como en otras instituciones (Robinson, 2005, pág. 561). La hegemonía se concibe además como un tipo de dominación «pedagógica» (Gramsci, 1986, pág. 210) y de carácter «ético-político», que comprende el dominio de la economía, pero no como su

característica central debido a que, como lo entiende Gramsci, la hegemonía implica la universalización de los intereses particulares de una clase o fracción de clase frente al resto de la sociedad, que mayoritariamente acepta su dirección mediante la confección de un «equilibrio de compromiso». Esto implica el sacrificio parcial de algunas demandas del grupo social que busca convertirse en hegemónico, aunque sin afectar «lo esencial» (Gramsci, 1999, pág. 42). Por otro lado, entendemos la crisis de hegemonía como el proceso que se genera cuando la clase dominante fracasa en alguna gran empresa política o cuando grupos sociales subordinados comienzan a demandar reivindicaciones que cuestionan el orden social, económico y político que se formuló como resultado del equilibrio hegemónico previo (Gramsci, 1999, pág. 52).

En la teoría de las relaciones internacionales, Robert W. Cox (1983) inició un ejercicio de traducción de la teoría gramsciana más allá de los límites en los que esta fue originalmente formulada –es decir, para explicar el proceso de unificación italiana y los dilemas de la revolución socialista en las sociedades occidentales–. Cox trasplantó la teoría de la hegemonía al análisis de los fenómenos del orden global (1983, pág. 49). Esta propuesta se replicó en una serie de autores neogramscianos que, cada uno a su manera, se sirvieron de las herramientas gramscianas para analizar diferentes aspectos del orden global. Mientras Giovanni Arrighi (1993) intentó construir una cronología de los órdenes hegemónicos a nivel global, otros como Stephen Gill y David Law (1993) postularon la existencia de «bloques históricos internacionales» (Gill & Law, pág. 97). Mark Rupert (1993, 1995) y William I. Robinson (2005), por ejemplo, se propusieron diferenciar la aplicación de la teoría gramsciana de la hegemonía al análisis internacional de los usos del término dentro de la teoría neorrealista y la economía política internacional.

Es en base a estos antecedentes, postulamos que es posible interpretar el desarrollo del proceso de integración europeo desde una perspectiva neogramsciana. Esto significa entender el

proceso de formación de la Unión Europea como la formulación un proyecto hegemónico dentro de Europa continental. Como señaló Rupert (1993), la conformación de un bloque histórico es la precondition para el ejercicio de la hegemonía (pág. 80). La hegemonía no opera en el vacío sino dentro de un conjunto de relaciones sociales históricamente situadas que comprenden tanto la promoción de un conjunto de ideas, prácticas políticas y relaciones materiales de producción (Cox, 1983, pág. 56), es decir, de un bloque histórico.

En nuestro caso particular, sostenemos que la firma del Tratado de Maastricht en 1992 conformó un bloque histórico cuya particularidad radicó en traspasar los límites del estado-nación, a través de un proyecto hegemónico de carácter transnacional. La hegemonía dentro de este bloque histórico «europeo» promovió formas específicas de competencia política, gobernanza y regímenes de acumulación. La conformación de un bloque histórico en Europa no supone la simple jerarquización entre diferentes grupos de estados –es decir, Alemania como hegemón regional, por ejemplo–, sino que esa relación de jerarquía es el producto de la universalización de los intereses particulares –que devinieron en universales– de grupos sociales transnacionales. Así como la relación de hegemonía trasciende los límites de los estados nacionales, también lo hacen los instrumentos de gobernanza: la expansión y autonomización de la alta burocracia europea y principalmente del establecimiento de un mecanismo financiero común –el euro– deben ser leídos como el reflejo de la consolidación de la hegemonía a escala europea.

En el bloque histórico europeo contemporáneo (1992-2021), la hegemonía es ostentada por una fracción de la clase dirigente, también transnacional, que se corresponde con la clase capitalista ligada a la exportación industrial y de servicios. Esta fracción de clase, hegemónica tanto para el resto de la clase dirigente como para las clases subalternas, es la que da origen a la división jerárquica entre los países que componen el bloque histórico europeo, donde –en tanto relación

dialéctica— los países con excedentes de exportación se constituyen como núcleo, mientras que se instituyen como periferia los países en los que el endeudamiento, público y privado, sostiene el crecimiento de la demanda agregada con el efecto último de garantizar el financiamiento de las exportaciones del núcleo. Esta relación de pura economía política, caracterizada como «dependencia mutua» por Bieler y Morton (2018, pág. 226), es reforzada por los intelectuales orgánicos de la clase dominante: las élites políticas de todos los países que conforman el bloque histórico y la alta burocracia europea —principalmente a la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el sistema de justicia europeo— que promovieron y promueven la «europeización», es decir, el proceso gradual que reorienta la dirección y la forma de la política en la medida en que la dinámica política y económica de las instituciones europeas se convierte en parte de la lógica organizativa de la política nacional y su proceso de formulación (Ladrech, 1994, pág. 69). El proceso de «europeización» supone una única forma de pertenencia a Europa: respetar las reglas, las instituciones y las políticas proyectadas por los instrumentos de gobernanza europea e implementadas a escala nacional por las élites políticas locales.

El mejor ejemplo de la unidad de la economía política y la ideología en el bloque histórico europeo es la moneda común. El euro se erigió no solo como mecanismo de intermediación financiera que vincula las economías del bloque histórico garantizando la contención de los salarios a escala continental y un tipo especialmente riguroso de disciplina presupuestaria (Flassbeck & Lapavitsas, 2015), sino también como una herramienta de promoción ideológica: pertenecer al euro significa pertenecer a Europa. Esta operación ideológica es la salvaguarda última de la hegemonía dentro del bloque histórico europeo, principalmente en los momentos cuando las economías dependientes del flujo internacional de capitales financieros encuentran problemas para financiar sus deudas. Con la crisis de la eurozona y la puesta en duda de la

solventia financiera del euro, lo que se conoció como la «Troika» –la CE, el BCE y el FMI– se convirtió en el principal intelectual orgánico para la recomposición de la hegemonía dentro del bloque histórico europeo, proyectando la austeridad como la única forma posible para lidiar con la crisis económica, pero sin renunciar a la idea de Europa.

Afirmamos entonces que la crisis de la eurozona desató otra crisis más profunda dentro de la dirección hegemónica de la clase dominante en el bloque histórico europeo contemporáneo. Este proceso se produjo cuando la imposición de la «receta» de la Troika –la austeridad– desató un proceso de movilización de grupos sociales amplios que se politizaron frente al impacto diferencial de la austeridad en sus niveles de existencia. Ubicado de forma mayoritaria en la periferia mediterránea de la eurozona, el ciclo de movilización contra la austeridad significó el pase de la inactividad a la actividad política –parafraseando a Gramsci– de grandes sectores de la población ligados entre sí por la desposesión, pero además confluyó posteriormente en el surgimiento y la consolidación de una nueva izquierda radical en los países de la eurozona. Este desafío a la hegemonía dentro del bloque histórico europeo tuvo como consecuencia la desestabilización de los regímenes políticos de la periferia de la eurozona, región donde el ciclo de movilización fue más fuerte y cuestionó la legitimidad de los instrumentos de la gobernanza europea y, por extensión, la idea de Europa.

A esta nueva izquierda radical la entendemos en los términos de Luke March (2011), como expresiones de organización política marcadamente radicales por su rechazo a la estructura subyacente del capitalismo contemporáneo. Son una expresión radical de la izquierda en tanto identifican la desigualdad económica como la base del orden político y social, además de reivindicar los derechos colectivos como núcleo básico de demandas; y constituyen un fenómeno nuevo ya que intentan conjugar una forma de anticapitalismo que no supone el sacrificio de la

democracia liberal, de modo que establecen un nuevo punto de ruptura con respecto a las socialdemocracias mayoritarias dentro de Europa (March, pág. 9).

La periferia mediterránea de la eurozona –Grecia, España y Portugal– se encontró con la crisis en una situación en la que la dirección del bloque histórico tenía menor capacidad de captura hegemónica. Esto se debió a que los países de la periferia no contaban con ningún resorte para contener la crisis y sus efectos, producto de su condición dependiente. De manera inmediata, la crisis del régimen de acumulación se trasladó hacia las poblaciones que recibieron el impacto de la crisis de forma directa.

El objetivo general de la presente tesis es analizar el surgimiento, auge y declive de la nueva izquierda radical en la periferia mediterránea de la eurozona, a través de la secuencia histórica de formulación, impugnación y posterior reformulación de la hegemonía del bloque histórico europeo. Para eso proponemos, primero, interpretar el surgimiento, el desarrollo y expansión de las nuevas izquierdas radicales en España, Grecia y Portugal en tanto expresiones de una crisis general de hegemonía del bloque histórico europeo. Segundo, buscamos situar estas experiencias en el marco de un proceso de contestación contrahegemónico común que denominamos ciclo de impugnación hegemónico. Por último, intentamos observar cómo las izquierdas, en tanto experiencias particulares de un fenómeno general de la periferia de la eurozona, se enfrentaron a un proceso de readecuación ideológica y estratégica frente a las políticas de estabilización y la reformulación de la hegemonía que el bloque histórico europeo generó mediante una «revolución pasiva», esto es, en los términos de Gramsci (1984, pág. 231), un proceso de reacción de las clases dominantes que, acogiendo algunas de las demandas de las clases subordinadas, consiguen restaurar su hegemonía y desactivar políticamente los grupos subalternos que intentaron disputarla.

Capítulo 1

El caso griego: de los *aganaktismenoi* a SYRIZA

1. Grecia: europeización, crisis y rebelión

Las elecciones nacionales de 2007 fueron un reflejo de la normalidad política griega desde las elecciones de 1974, cuando el proceso de transición democrática dio lugar a la era de la *Metapolitefsi*¹ y un sólido sistema bipartidista en un proceso que marchó a la par de la integración de Grecia a la Unión Europea, a mediados de la década de los '80. En las elecciones, la centroderecha –Nueva Democracia (ND)– y la centroizquierda –Movimiento Socialista Panhelénico (PASOK)– obtuvieron conjuntamente el 80% de los votos. Los líderes de ambos partidos ejemplificaban la estabilidad de la élite política griega: el candidato de Nueva Democracia Kostas Karamanlis era sobrino del fundador del partido, y el candidato de PASOK George Papandreou, hijo de su fundador. Nueva Democracia, ganó las elecciones con el 41% y consiguió mayoría absoluta gracias al particularmente distorsivo sistema electoral griego².

Pero en 2008, el gobierno de Karamanlis se encontró rápidamente acorralado. El inicio de la recesión global le impidió aplicar sus principales reformas económicas en educación, pensiones y telecomunicaciones. El comienzo de la crisis en Grecia quitó a ND sus principales argumentos de campaña: crecimiento lento pero constante y estabilidad macroeconómica. Para octubre, el gobierno se hundía en las encuestas de las elecciones para el Parlamento Europeo de 2009. A fines de 2008, el descontento social se hizo manifiesto cuando la policía asesinó a un joven de 15 años

¹ La conformación de la Tercera República Griega y el establecimiento de una democracia liberal estable es conocida también como la *Metapolitefsi*. Ante los debates sobre la duración de este período, coincidimos con Vernardakis (2011) que propone una periodización: la *Metapolitefsi* temprana (1974-1981); la *Metapolitefsi* interina (1981-1996) y la *Metapolitefsi* tardía (1996-2010).

² El modelo de traducción de votos en escaños semiproportional de Grecia otorgaba un “bonus” de 50 diputados extra al partido que obtenía la mayor cantidad de votos, independientemente del margen de la diferencia porcentual sobre el segundo partido más votado.

ligado a una organización de izquierda libertaria y se desató el movimiento de rebelión más violento de la era postautoritaria (Karamichas, 2009).

Con la economía en recesión y manifestaciones en las calles, las elecciones al Parlamento Europeo de 2009 fueron un golpe certero contra el gobierno, que se vio forzado a convocar elecciones anticipadas ante la amenaza de que PASOK se opusiera a la investidura del presidente de la República en marzo de 2010³. La campaña electoral fue una encrucijada difícil para ND, que no logró retener la confianza de la amplia clase media griega. Frente a la política de congelamiento del gasto, la socialdemocracia presentó un ambicioso programa de reactivación económica con el que se impuso cómodamente en la elección, convirtiendo a Papandreou en primer ministro.

Aun así, la crisis se profundizó. Papandreou siguió por el camino de su antecesor, dejando su programa de campaña de lado y reafirmando las políticas de ajuste del gasto: recortó los beneficios salariales del empleo público y las pensiones y aumentó el IVA. Todos estos sacrificios fueron justificados mediante el relato de que así se pondría «la casa en orden» sin la necesidad solicitar un plan de rescate a la UE (Elliott, 2010).

El 27 de abril de 2010 fue el *diem horribilis* para Grecia. Eurostat reveló que tanto los niveles de déficit como de endeudamiento público habían sido manipulados desde el 2001, por lo que la economía griega jamás había estado en condiciones de cumplir los criterios de convergencia establecidos por el Tratado de Maastricht para ingresar a la eurozona. El resultado fue el cierre inmediato del crédito, que hizo imposible el pago de la deuda pública. Grecia, una economía que significaba poco más del 2% del PIB de la UE, desató así una crisis sin precedentes. El gobierno griego solicitó a los miembros de la UE y al FMI un programa de asistencia financiera para hacer

³ Desde la transición democrática el sistema político griego tiene un factor particular de desestabilización: pese a ser una figura meramente institucional y sin ningún tipo de autoridad política o competencia legislativa, el presidente de la República debe ser electo por una mayoría parlamentaria absoluta cada cinco años. Si el gobierno en ejercicio no logra investir al candidato con el voto del Parlamento, está obligado a convocar elecciones anticipadas.

frente a los vencimientos de deuda más próximos. Ante esto, las autoridades europeas promovieron un sistema de monitoreo tripartido que definió los montos, la mecánica y las contraprestaciones para asegurar desembolsos periódicos de capital. Entonces, la Comisión Europea (CE), el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) formaron la «Troika».

El 3 de mayo de 2010, el acuerdo entre Grecia y la Troika se formalizó con la firma el primer Memorandum de Entendimiento (MoU) que comprendió de un préstamo de 107 billones de euros de los cuales 85 billones provenían del Eurogrupo (22 billones de Alemania y 16,8 de Francia) y 30 billones de un Stand-By Arrangement con el FMI, el primero otorgado a un país europeo. El gobierno griego se comprometió a reducir su déficit, que en 2009 representaba el 15.1% del PBI, al 3% para 2014. Francia y Alemania demandaron a Grecia el mantenimiento de sus acuerdos de compra de materiales militares como condición para participar del rescate, una «deuda odiosa» desde todo punto de vista posible (Kouvelakis, 2012, p. 20) que dejó fuera de las políticas de austeridad únicamente a la cartera de la defensa (Rhoads, 2010). Quienes diseñaron el programa de rescate no fueron ingenuos: el FMI alertó que las presunciones de crecimiento para la economía griega eran «poco realistas» (Talley, 2014) y que los recortes sobre los sectores más bajos de la población podían afectar la «cohesión social» del país (IMF, 2010).

El 29 y el 30 de junio, el parlamento griego aprobó el primer paquete de medidas del MoU que contenía un programa de privatizaciones sobre el 66% de las empresas públicas, una reforma del sector público para rediseñar el esquema salarial con un recorte promedio del 20%, una reforma del sistema de jubilaciones y pensiones que aumentó la edad de retiro para las mujeres y los empleados públicos, una reforma del Estado para reducir el número de municipios de 1000 a 400, una reforma impositiva que aumentaba todas las categorías del IVA, y una reforma laboral para

flexibilizar las condiciones de contratación, despido y negociación colectiva. Elocuentemente, Thomas Friedman (2010) lo definió como una nueva «odisea».

Pero más que un entramado de reformas, lo que comenzó en Grecia fue otra forma de estatalidad. El proceso de implementación de la austeridad inauguró una tecnología de gobierno en la que los principales mecanismos estatales se concentraron en garantizar el pago de la deuda pública como objetivo primordial. A esta forma de estatalidad, Wolfgang Streeck (2017) la llamó el «Estado de Consolidación» (pág. 90), un producto propiamente europeo que cuenta con la particularidad de ser una forma de estatalidad en el que lo nacional y lo supranacional dialogan. En Grecia, esta tecnología de gobierno implicó la confluencia programática de los principales partidos políticos, que incorporaron la austeridad como única forma posible de gestión de la crisis. Supranacionalmente, la «Troika» comenzó un proceso de absorción de funciones del Estado griego por encima de cualquier tipo de contrapeso democrático o mecanismo de soberanía popular. Uniendo ambas partes, el «Estado de Consolidación» implicó un proceso conjunto de despolitización de la política nacional. Por otro lado, su emergencia reveló la relación de jerarquía de la dirección de la gobernanza europea. Como la dirección es en última instancia hegemonía, la exteriorización de esta lógica reveló la integralidad de las relaciones de subalternidad de los países que se encontraron desde la crisis en una lógica de consolidación fiscal permanente. Este hecho, más político que económico, fue la materia prima para la emergencia de un movimiento transnacional contra la austeridad.

2. El movimiento griego contra la austeridad: de las calles a la nueva izquierda radical

Un año después de la firma de MoU el resultado era calamitoso. La austeridad provocó la más drástica caída del nivel de vida de una población europea desde el final de la Segunda Guerra

Mundial (Kouvelakis, 2018, pág. 28). Trabajadores y pensionistas perdieron un tercio de sus ingresos y las demoras del pago de los salarios en el sector privado promediaban los tres meses. La reforma del sistema de salud, uno de los principales objetos de recorte por el MoU, desató una crisis sin precedentes (Burgi, 2017). La tasa de suicidios, históricamente baja, se disparó (Kitsantonis, 2019). La transmisión de HIV aumentó un 50% de un año a otro por la proliferación de la prostitución, el consumo de drogas y el uso compartido de jeringas (Kentikelenis et al., 2011). El desempleo pasó del 6.6% en 2008 a más del 21% en diciembre de 2011, y superó el 40% para las personas de entre 18 y 24 años (European Central Bank, 2021). Un cataclismo social.

La respuesta social no se hizo esperar. El 25 de mayo de 2011, diez días después del 15M español, un grupo de jóvenes organizados mediante un grupo de la red social Facebook ocupó la Plaza Syntagma y la acción se replicó de forma espontánea en todas las grandes ciudades. Nació así el movimiento de los *aganaktismenoi* («los ciudadanos indignados»). Tres días después de la hora cero de la ocupación, el movimiento ya estaba plenamente organizado: entre las carpas montadas por los manifestantes se encontraban equipos de traductores, médicos y despensas de comida. El 27 de mayo, se fundó la Asamblea Popular de la Plaza Syntagma que en el primer manifiesto que votó pidió la anulación unilateral de MoU, el default soberano de la deuda externa y la convocatoria de una asamblea constituyente. Las ocupaciones, principalmente la de la Plaza Syntagma, duraron varios meses y mostraron que la crisis económica también era política y social. El 28 de octubre, el «Día del No», el movimiento de las plazas confluyó con las manifestaciones sindicales y de los partidos de izquierda. El volumen de las manifestaciones mostró la verdadera dimensión del rechazo social a la austeridad.

Frente a la crisis, el gobierno ensayó dos respuestas. La primera fue convocar a la oposición para formar un «gobierno ecuménico»⁴ y así compartir con el resto de la clase política tradicional el costo de implementar la austeridad. Ante la negativa de Nueva Democracia, Papandreou dio un giro más inesperado. El 31 de octubre de 2010, puso en alerta a los acreedores europeos con el anuncio de que las negociaciones por la continuidad del MoU serían sometidas a referéndum. El resultado de este movimiento fue doble: primero, Papandreou fue humillado en la reunión del G-20 en Cannes, donde Merkel y Sarkozy le «recomendaron» que el referéndum fuera directamente sobre la pertenencia de Grecia a la eurozona. En el país, la propuesta del referéndum unificó a los sectores «pro-Troika» de los principales partidos –incluso del PASOK– en su contra. Acorralado, Papandreou volvió sobre sus pasos y canceló el referéndum dos días después. El 5 de noviembre, presentó su renuncia y propuso un gobierno ecuménico entre PASOK y ND. Lo curioso de la caída de Papandreou fue que su final no fue producto directo de la emergencia del movimiento contra la austeridad, sino de haber intentado cruzar las líneas rojas de la Troika, sometiendo el MoU a la voluntad popular. Por esto, Kouvelakis (2012) lo denominó un golpe de estado «a la europea».

El elegido por ambos partidos para encabezar el gobierno ecuménico fue el ex vicepresidente del BCE, Lukas Papademos. Sin vínculos con ningún partido político ni habiéndose postulado jamás para ocupar el cargo de primer ministro, el nuevo gobierno de Papademos tenía un serio déficit de legitimidad democrática. Sin contrato con la ciudadanía que respetar, firmó en marzo de 2012 un segundo MoU que introdujo medidas de austeridad más profundas. Ante la necesidad de recuperar algún tipo de legitimidad democrática y ante los problemas de mantener una mayoría en el parlamento, Papademos convocó elecciones para el 16 de mayo de 2012.

⁴ En Grecia se entiende por «gobierno ecuménico» a los gobiernos de gran coalición, en los que colaboran los principales partidos nacionales por un periodo limitado, usualmente transicional.

El resultado fue un «terremoto electoral» (Tsatsanis & Teperoglou, 2016). Las primeras elecciones desde la firma del MoU mostraron un descalabro total del sistema político. No faltaban motivos: ND, el gran partido de la amplia clase media griega, había llevado a su base social a la bancarrota. Por su parte, el PASOK, el partido con más lazos con el movimiento obrero, había llevado el desempleo al nivel más alto de la historia del país. ND perdió 14 puntos electorales, mientras que PASOK –cuya traición a su propia base social fue más escandalosa– perdió 30: pasó del 43,9% en 2009 al 13,1% en mayo de 2012. La austeridad no fue políticamente gratuita. Aun así, la elección sí tuvo un ganador: la Coalición de Izquierda Radical (SYRIZA) logró galvanizar las resistencias a la austeridad con más de un millón de votos (16,7%) y se convirtió en el principal partido de oposición. Su programa recogió las demandas del movimiento contra la austeridad: propuso la anulación unilateral del MoU y todas sus leyes complementarias, la restauración de los salarios y pensiones, la reversión de las privatizaciones y una auditoría de la deuda externa (SYRIZA, 2013). Por primera vez desde la crisis, una fuerza radicalmente opuesta a la austeridad ingresaba al centro de la escena política.

El resultado de la elección impidió la formación de un nuevo gobierno. Nueva Democracia había ganado las elecciones, pero solo con el 18% de los votos. Con excepción de PASOK, ningún otro partido estuvo dispuesto a formar una nueva coalición con ND. Ante el escenario de bloqueo parlamentario, se convocaron nuevas elecciones 42 días después. La repetición electoral de junio reordenó el sistema político parcialmente: ND reunió el voto de todos los partidos pro-memorándum, mientras que SYRIZA se reafirmó como polo de oposición a la austeridad. Ambos partidos sacaron distancia del resto, sentando las bases para un nuevo bipartidismo ideológicamente mucho más polarizado. Pese a todo, el escenario era de un nuevo bloqueo. La solución fue el borramiento de las fronteras entre izquierda y derecha, con la formulación de un

pacto de gobierno de gran coalición encabezado por ND, con el apoyo de PASOK y el partido socialdemócrata recién ingresado al parlamento Izquierda Democrática (DIMAR).

Lejos de tranquilizar la situación, el gobierno encabezado por Antonis Samarás fue otra muestra de la dimensión estructural de la crisis política producida por la austeridad. Si el anterior gobierno de Papademos carecía de cualquier tipo de legitimidad democrática, el gobierno de Samarás tenía una legitimidad limitada, ya que difícilmente los votantes de DIMAR hubieran optado por una opción de centroizquierda para que se facilitara la investidura de un nuevo gobierno conservador. Pero, ante la descomposición del régimen bipartidista de la *Metapolitefsi*, el movimiento contra la austeridad logró traducirse políticamente. Hasta el 2012, SYRIZA era una pequeña alianza electoral de una serie polimorfa de partidos y movimientos que luchaba por consolidarse luego de una serie de rupturas internas. Después de las dos elecciones de 2012, la situación cambió por partida doble: en Europa, SYRIZA cobró proyección continental (Stavrakakis & Katsambekis, 2014), mientras que en Grecia parecía solo una cuestión de tiempo que se convirtiera en el primer partido político, reuniendo a los segmentos más dinámicos del electorado (Mavris, 2012, pág. 90). Lo primero convirtió a SYRIZA en una preocupación para la Comisión Europea que llamó a los líderes europeos a «no caer en la tentación del populismo» (Baker & Stott, 2013). En tanto, la consolidación de SYRIZA en Grecia generó un apaciguamiento de la movilización popular que cerró el ciclo de expansión de la protesta social iniciado por la ocupación de Plaza Syntagma. Es por eso que el gobierno de Samarás, pese a continuar a rajatabla con la implementación de la austeridad, no se enfrentó al tipo de movilización popular de masas que dinamitó al gobierno de Papandreou y Papademos. Como marcan Kanellopoulos & Kousis (2018), el apaciguamiento de la movilización popular contra la austeridad no debe ser leído como

un proceso de desmovilización de la sociedad, sino como un redireccionamiento de las expectativas sociales, debido a la posibilidad real de una victoria de la izquierda.

3. De las calles a las urnas, de las urnas al gobierno: el primero mandato de SYRIZA

Para 2014, Grecia había perdido alrededor del 25% de su PBI con respecto a 2007 (Mavridis, 2018), una destrucción de la riqueza social inaudita en tiempos de paz. En ese contexto, se produjeron las elecciones para el Parlamento Europeo. Con los pronósticos a su favor, SYRIZA ganó la elección (26.5%), dejando a Nueva Democracia en el segundo lugar (22.7%). La elección europea mostró las limitaciones del débil gobierno de ND y PASOK, que terminó por implosionar cuando en diciembre de 2014 tanto SYRIZA como DIMAR –que se había retirado del gobierno– se opusieron a la reelección del presidente de la República, Stravos Dimas, obligando al gobierno a convocar a elecciones generales para enero de 2015.

El resultado de las elecciones de enero confirmó la tendencia de lo que ocurrió seis meses antes: SYRIZA ganó la elección con comodidad (36.3%) sacando una clara ventaja a Nueva Democracia (27.8%), mientras que el PASOK continuó con su sendero hacia la desaparición (4.6%). SYRIZA se quedó a dos escaños de la mayoría y necesitó de un socio para formar gobierno, por lo selló una alianza con Griegos Independientes (ANEL), un partido conservador y con algunos elementos xenófobos pero contrario al memorando. Un acuerdo que fue catalogado como una coalición «bizarra» (Tsirbas, 2015). Una lectura con mayor peso político, nos permite decir que esta fue una primera señal de «desradicalización» de SYRIZA (Katsourides, 2016b).

Tan pronto como Alexis Tsipras, líder de SYRIZA, asumió como primer ministro la atención viró hacia el ministerio de finanzas, donde se nombró a Yanis Varoufakis, un economista radicado en los Estados Unidos que jamás había pertenecido a SYRIZA ni a ningún otro partido

político griego. Que la dirigencia de SYRIZA, una amplia coalición de partidos de izquierdas y movimientos sociales, haya elegido a un outsider para ocupar el cargo más importante dentro del gobierno, nos habla sobre la complejidad de su dinámica interna. Como señaló Lyrintzis (2011), la historia de izquierda griega es una de fragmentación (pág. 18) y SYRIZA no fue la excepción. Su origen en 2004 fue parte de la estrategia electoral de Synaspismós, un pequeño partido de izquierda ligado al «eurocomunismo», para aglutinar a diferentes fracciones de la izquierda no comunista bajo una plataforma común en la que se institucionalizó una mecánica interna de competencia constante entre diferentes facciones «reformistas» y «revolucionarias», que luego se reflejaría en la representación proporcional dentro de la dirección del partido (Synaspismos, 2005). En esta lógica interna de funcionamiento, el ala más radical de Synaspismós se convirtió en mayoritaria. En 2008, Tsipras se convirtió en líder de SYN como miembro de la Corriente de Izquierda, la facción radical, con el 70% de los votos y llevando a la facción reformista, Iniciativa Renovadora, a su mínimo histórico con un 28% de apoyo interno. Como señaló Katsourides (2016), esta disputa interna de Synaspismós terminó por resolverse con la separación de su facción reformista y la fundación del partido Izquierda Democrática-DIMAR en 2010 (p. 55). Después de la ruptura, la nueva dirigencia de Synaspismós encabezada por Tsipras comenzó el proceso de transformación de SYRIZA de una coalición de movimientos hacia un partido unificado, algo que finalmente ocurrió en 2013, dando fin a la era de Synaspismós.

El nuevo «SYRIZA-partido» se enfrentó a un desafío muy diferente al del «SYRIZA-coalición». El segundo luchó por años para consolidarse dentro de la izquierda griega, con el objetivo de desplazar al Partido Comunista (KKE). Ahora, el primero se encontró con la tarea de convertirse rápidamente en un partido de gobierno y ampliar su base de apoyos en la sociedad griega. Si bien SYRIZA nunca funcionó del todo como un partido unificado, esto comenzó a ser

releído como una virtud luego de las elecciones de 2012 (Spourdalakis, 2013). Por otro lado, la constitución de esta nueva era para SYRIZA no significó el fin de las luchas a su interior. En efecto, los ex miembros de la Corriente de Izquierda se agruparon rápidamente en la Plataforma de Izquierda, y buscaron una continuidad programática con las posturas más radicales de SYN, como la mantención de un sólido discurso anticapitalista y la propuesta de retirar a Grecia de la eurozona (Synaspismos, 2004). Tsipras, a pesar de que lideró Synaspismós bajo el auspicio de la facción más radical, se referenció con los grupos más centristas de SYRIZA quienes creyeron que una postura de confrontación directa contra las instituciones europeas podía privarlos de alcanzar una mayoría electoral (Katsourides, 2016, págs. 59-60). En este marco específico de tensión interna y contradicciones es que SYRIZA asumió el gobierno de Grecia.

El primer gobierno de SYRIZA puede resumirse en la búsqueda constante por alcanzar lo que Cas Mudde (2017) llamó una «tercera vía» entre la salida de la eurozona y la continuidad de la política de los memorandos de la Troika: permanecer en la eurozona, pero sin austeridad (Mudde, 2017, p. 10). Para este fin, Tsipras se rodeó del ala moderada del partido, excluyendo a la Plataforma de Izquierda de todas las decisiones relativas a la negociación con los acreedores europeos y la Troika. Durante las primeras semanas de gobierno, SYRIZA comenzó a buscar un «acuerdo transicional» (Agouridis, 2017) por encima de las medidas maximalistas anunciadas en el Programa de Salónica (2014) con el que ganó las elecciones. En esa estrategia, Varoufakis encajó de forma perfecta. Por un lado, amparado en una capacidad retórica innegable y con ciertos toques de estrella de rock, logró mostrar una imagen de compromiso completo contra la austeridad mientras que, por el otro, lejano a cualquier radicalismo ideológico, se mostró con la permeabilidad ideológica necesaria para no romper jamás las vías de negociación con la Troika.

Del lado de la Troika, las señales de desradicalización de SYRIZA no suavizaron el enfoque sobre la crisis griega, más bien todo lo contrario. Como señaló Schmidt (2020), la llegada al poder de SYRIZA cerró la etapa de «deliberación autoritaria» (pág. 112), donde la Troika discutió y coordinó los paquetes de austeridad con las autoridades griegas, aunque guardándose para sí la última palabra. En cambio, la relación de la Troika con SYRIZA fue de una dureza implacable a la hora de hacer cumplir los compromisos asumidos por los gobiernos anteriores, donde las autoridades griegas no tuvieron ningún tipo de autoridad para el diseño de las medidas a implementar. Es importante remarcar que el cambio de autoridades del BCE, donde Jean-Claude Trinchet fue reemplazado por Mario Draghi, no tuvo ningún efecto práctico en Grecia como sí lo tuvo en otros países de la periferia mediterránea. La presión europea sobre Grecia solo fue en aumento, e hizo inútiles todos los esfuerzos de Tsipras y Varoufakis de ganar la confianza de la Troika moderando sus ideas. Durante los primeros dos meses de negociaciones, quedó claro que para las instituciones europeas no había margen para cambiar las condiciones del memorando ni para modificar el cronograma de pagos de la deuda griega. Según la reconstrucción de Varoufakis (2017), tanto la propuesta de realizar un canje para extender los plazos de vencimientos como la búsqueda para reemplazar el memorando por un nuevo acuerdo donde Grecia tuviera el control creativo sobre las medidas de consolidación fiscal, fueron descartadas al unísono por Mario Draghi, Jean-Claude Juncker y Wolfgang Schäuble.

La estrategia de Tsipras y Varoufakis encontró también un límite formal dentro de SYRIZA cuando el 20 de febrero se comprometieron frente a la Troika a pagar la deuda según los plazos establecidos por el MoU, renunciando a cualquier accionar unilateral (Dericquebourg, 2016). El «acuerdo de febrero» que alcanzaron con las instituciones europeas implicó la extensión del MoU por seis meses, y requería de su aprobación en el Parlamento. Tsipras se encontró con una fuerte

oposición dentro de SYRIZA: la totalidad de la Plataforma de Izquierda, el 40% del Comité Central del partido y un tercio del total del bloque parlamentario se opuso (Kouvelakis, 2015). Ante la posibilidad de que el acuerdo fuera rechazado por la división de bancada de SYRIZA, la propuesta fue retirada por Tsipras quien quedó en una posición débil tanto frente a la Troika como dentro de Grecia. Las instituciones europeas tensaron la cuerda de la negociación rechazando de plano todas las propuestas de Tsipras y Varoufakis que implicaban retoques parciales a las medidas de austeridad, con una lógica mucho más política que económica. El 25 de junio, el Eurogrupo ofreció a Tsipras una nueva propuesta que incluía un nuevo paquete de medidas de austeridad directamente incompatibles con el programa de SYRIZA y su mandato popular. De forma más bien inesperada, Tsipras se retiró de Bruselas y anunció que la propuesta de la Troika sería sometida a referéndum. SYRIZA, por su parte, encabezaría la campaña por el «No». Al otro día, Varoufakis fue expulsado de la reunión del Eurogrupo, a pesar de su condición de ministro de finanzas de la eurozona, cuando su presidente, el ministro de Finanzas neerlandés Jeroen Dijsselbloem, lo «invito a retirarse» bajo el argumento de que formalmente el Eurogrupo no tiene reglas formales ni estatuto de funcionamiento (Varoufakis, 2017; Suanzes, 2018). El 28 de junio, el BCE negó una línea de emergencia de liquidez a los bancos griegos forzando su cierre. El gobierno impuso un fuerte control de capitales que incluyó un límite diario de extracción de dinero en los cajeros automáticos. Jean-Claude Juncker llamó a los griegos a no cometer un «suicidio colectivo», mientras que François Hollande dijo que si los griegos votaban por el «Sí» Europa estaba dispuesta a terminar con la crisis griega.

El 5 de julio se realizó el referéndum sobre la propuesta de la Troika para un nuevo rescate de la economía griega, el resultado fue categórico: el «No» ganó por más del 61%, llegando al 0% en los barrios populares y al 85% entre los jóvenes de entre 18 y 24 años. Los derrotados del

referéndum fueron tanto los agentes de la Troika, sorprendidos por la ineficacia de sus amenazas, y los «partidos del Sí», principalmente ND y el PASOK. Pero lo que no estaba del todo claro es quienes habían sido los ganadores. Lo que Tsipras esperó del referéndum es todavía una incógnita que despertó dos líneas de interpretación. La primera, enunciada por Varoufakis (2017), es que Tsipras creyó que el «Sí» ganaría, legitimando una capitulación con la Troika. Koulevakis (2015b), en cambio, sostiene que Tsipras confiaba en que el «No» ganaría por un amplio margen, dándole una nueva herramienta para obligar a la Troika a negociar un mejor acuerdo. Ambos coinciden en que el referéndum no fue convocado para generar una ruptura radical, sino que fue entendido por Tsipras como el epílogo del enfrentamiento contra la Troika, sea cual fuera el resultado.

Si las elecciones de enero habían sido la primera victoria política del movimiento popular contra la austeridad en la periferia de la zona euro, el resultado del referéndum de julio fue una victoria todavía más profunda. En un hecho histórico, un pueblo periférico sobre el que pesan diferentes estrategias de cooptación de parte de la dirigencia del bloque histórico europeo, fue consultado directamente sobre la austeridad, y la rechazó inequívocamente. El resultado del referéndum no fue tan categórico porque los votantes griegos rechazaron la propuesta específica de la Comisión Juncker y la Troika, sino porque lo que rechazaron fue el conjunto de las políticas de austeridad que desgarraron el tejido social y devastaron la economía del país a un punto inexplorado. Usualmente, el rechazo a la austeridad suele ser algo popularmente intuitivo, pero incorpóreo. El resultado del referéndum fue, además, un hecho populista, transgeneracional y radical. Contradijo en un mismo acontecimiento las ambiciones de regeneración de la élite griega y el lugar dependiente de Grecia en el concierto europeo. Una grieta a la hegemonía del sector dirigente del bloque histórico que, de ser correspondido por la dirigencia política que hizo posible ese acontecimiento de disrupción, guardaba la potencialidad de contagiar al resto de los pueblos y

países subalternos del bloque de una forma todavía más radical que la ocupación de Puerta del Sol en 2011. Pero, como en todo acontecimiento, nada está escrito sobre la piedra y todo se encuentra sujeto a una contingencia infinita. Visto en perspectiva, el 5 de julio puede ser leído como el inicio de un nuevo ciclo, más amplio y más radical contra la austeridad, o como su cénit, el preludeo del ocaso generado después de alcanzar la mayor de la altura posible en esa historicidad singular. También como el cierre de otro ciclo, lo que comenzó en Puerta del Sol en 2011, terminó en Syntagma en 2015, en la manifestación espontánea posterior al referéndum, de plaza a plaza. El referéndum, para bien o para mal, no tuvo vuelta atrás.

4. El declive de SYRIZA: el repliegue de una alternativa radical a la austeridad

Dos días después del referéndum, Tsipras viajó a Bruselas armado con una potente victoria y un sólido mandato popular. Su retorno a Grecia desembocó en una sorpresa tan grande como la convocatoria al referéndum. En un mensaje por televisión Tsipras dijo que había llevado «la batalla hasta el final» pero que «no había alternativa» y que «el destino de Grecia estaba unido al euro» por lo que se había llegado a un acuerdo con la Troika para «salvar al país» (Stamouli & Bouras, 2015). El programa enviado por Tsipras a la Troika era más duro que el que fue sometido a referéndum (Petras, 2015) e incluyó un nuevo programa de privatizaciones, la eliminación de varios subsidios, recortes en el sistema de pensiones, y una revisión total de las leyes colectivas de contratación para evaluar un proyecto general de flexibilización del mercado de trabajo (Katsourides, 2016b). Con el acuerdo Tsipras aceptó la firma de un nuevo MoU, y la continuidad plena de la austeridad. Varoufakis había dimitido como ministro de finanzas la noche anterior.

¿Cómo entender el giro de Tsipras inmediatamente después del resultado del referéndum? Katsourides (2016b) argumentó que para Tsipras el dilema era entre firmar un nuevo memorándum

o acordar políticas todavía peores con ND y el resto de los partidos de derecha. Siendo la primera opción el «mal menor». Douzinas (2017) señaló que la derrota de SYRIZA tiene dos aristas, la primera es un error en la estrategia de negociación de Varoufakis desde la firma del «acuerdo de febrero» cuya vaguedad permitió a la Troika un mayor control de la situación sin hacer ninguna concesión al gobierno griego. Anderson (2015) y Lapavitsas (2016) coincidieron en que la derrota de SYRIZA tuvo una raíz ideológica, donde Tsipras y Varoufakis fueron presos de un tipo particular de europeísmo para el que mantenerse dentro la eurozona era análogo a la pertenencia misma tanto a la UE como a Europa occidental en un sentido más amplio. Durante la negociación, ambos apelaron a unos supuestos «valores comunes europeos» de solidaridad y reciprocidad que no significaban absolutamente nada para la Troika. Sin ninguna estrategia alternativa, como evaluar seriamente las implicancias reales de una salida del euro, se allanó el camino hacia un nuevo memorando. Kouvelakis (2016), miembro de la Plataforma de Izquierda, resumió el giro de Tsipras como «la peor traición política perpetrada por una cualquier fuerza contemporánea de la izquierda europea», llevada a cabo por el «obstáculo epistemológico» del euro (Kouvelakis, 2016, p. 54). Por su parte, Habermas (2015) y Sheenan (2016) prefieren focalizar en rol de la Troika, analizando las transformaciones en la imagen que la Unión Europea proyecta de sí misma mediante el autoritarismo con el que se comportó contra SYRIZA.

En nuestra interpretación, entendemos el problema central radicó en una diferenciación en la apreciación de lo que estuvo en discusión tanto para Tsipras y Varoufakis como para la Troika. La victoria de SYRIZA en 2015 convirtió a la crisis económica de Grecia en una crisis política para Europa. La dureza de la Troika en las negociaciones de enero a junio puede ser leída como una política de contención más que como un debate sobre cómo gestionar la ruinosa economía griega. Para la Troika, o bien SYRIZA aceptaba un nuevo memorando o sería expulsada del euro. En

ambos escenarios contemplaban la bancarrota política del gobierno griego, ya sea por aceptar la austeridad o por llevar a la economía griega a un descalabro todavía mayor. Frente a esto, las opciones de SYRIZA eran o bien intentar convencer a la Troika de la necesidad de un punto medio entre los memorandos y la ruptura radical con la austeridad –es decir la propuesta original de Varoufakis–, o apostar por una confrontación directa contra las instituciones europeas amparándose en el movimiento popular contra la austeridad, costara lo que costase. La Troika no tenía ningún incentivo para aceptar la primera opción, ya que interpretó –correctamente– que lo segundo estaba descartado por el propio Tsipras. El gobierno griego entró en una dinámica viciosa en la que pretendió seducir a la Troika mediante el sacrificio paulatino de su propio programa, sin comprometer directamente a las instituciones europeas a ceder en ninguna de sus demandas. Esta estrategia implosionó cuando buena parte de SYRIZA se rebeló contra los resultados de esa estrategia de negociación. El 14 de agosto el parlamento aprobó el tercer memorando, pero SYRIZA perdió su mayoría por la rebelión de 32 diputados, entre ellos Varoufakis. El memorando fue aprobado solamente gracias al voto positivo de los «partidos de la austeridad». Tsipras anunció que su mandato popular se había agotado y convocó a nuevas elecciones para el 20 de septiembre. El final del primer gobierno de SYRIZA significó una ruptura en la tendencia histórica de la izquierda radical griega desde la fundación de Synaspismós, donde los sectores radicales crecieron a expensas de los espacios reformistas, que paulatinamente se retiraron de SYN y de SYRIZA. Con Tsipras esta relación se invirtió, siendo la izquierda expulsada del partido y obligada a conformar uno nuevo: Unidad Popular (LAE), que se creó a partir de la Plataforma de Izquierda.

Tsipras debió entonces afrontar una nueva campaña electoral con buena parte de SYRIZA vaciado de activistas, y con la necesidad de justificar un viraje ideológico de ciento ochenta grados. La estrategia fue la presentación del «programa paralelo» (SYRIZA, 2015), donde se ofreció una

traducción de lo ocurrido: Grecia se enfrentó con la Troika aun en clara inferioridad de condiciones. En esa lucha, SYRIZA había logrado evitar que los acreedores extranjeros expulsaran a Grecia de la eurozona, lo que era el objetivo principal de la Troika y del gobierno alemán. Ahora, era el turno de aplicar un programa alternativo al memorando, construyendo una política de izquierda donde hubiera lugar para hacerla, sin insistir en una lucha sin sentido contra una fuerza infranqueable. Como señaló Katsourides (2016b) este cambio de discurso hizo desaparecer toda proclama contra la austeridad, la Troika, o el neoliberalismo en Europa, focalizándose en cambio en la lucha contra la corrupción y la evasión fiscal.

Las elecciones de septiembre de 2015 demostraron las complejidades del caso griego. A pesar de todo lo ocurrido, los resultados fueron una coincidencia prácticamente exacta con respecto a las elecciones de enero. Ningún partido mostró una variación superior al 1%, aunque cabe destacar que la participación fue la más baja en la historia de la democracia griega. En perspectiva, mientras que el PASOK había ganado las elecciones de 2009 con más de 3 millones de votos, SYRIZA ganó en de septiembre con 1.900.000, y perdiendo más de 345 mil votos con respecto a enero. La supervivencia de SYRIZA plantea un interrogante: ¿cómo logró resistir a pesar de su viraje? En primer lugar, el duro proceso de negociación contra la Troika de enero a julio construyó una potente imagen de SYRZIA como un partido contrario a la austeridad que fue obligado a tomar medidas con las que no estaba de acuerdo; en segundo lugar, el resto de los partidos políticos fueron en buena medida espectadores pasivos del proceso de negociación, mientras que Tsipras se consolidó como uno de los líderes más influyentes de Europa; por último, el Unidad Popular no tuvo la capacidad de poner en marcha a una nueva maquinaria partidaria en un contexto marcado por la desmovilización de los activistas que se retiraron de SYRIZA después del viraje de Tsipras. Más importante todavía, SYRIZA representó con solides a un sector en buena medida mayoritario

de sus votantes que, pese a estar radicalmente contra la austeridad no queda claro si, en última instancia, estaban dispuestos a aceptar de la adopción de medidas radicales como la salida del euro. Esta contradicción, la de intentar pertenecer al euro, pero sin las condiciones y consecuencias que esto acarrea –es decir, la austeridad–, fue también lo que llevó a SYRIZA un callejón sin salida en las negociaciones con las instituciones europeas.

5. La decadencia de SYRIZA y el repliegue del ciclo de impugnación a la austeridad.

Tsipras asumió su segundo gobierno repitiendo la coalición electoral con ANEL, aunque parecía estar en una situación mucho menos heroica que hacía seis meses. A pesar de sus pruebas de fidelidad, Tsipras no consiguió la complacencia de la Troika. A finales de 2015, El Eurogrupo lo obligó a abandonar el «programa paralelo» al no haber sido aprobado conjuntamente por la CE ni el BCE (Katsourides, 2016b, pág. 126), frustrando rápidamente toda posibilidad de aplicar las políticas severas de austeridad del tercer memorándum con «rostro humano». Las protestas populares, que se habían frenado cuando SYRIZA se encontraba en las puertas del poder, comenzaron a reactivarse gracias a la movilización sindical, el activismo comunista y a la «izquierda extra parlamentaria», pero lejos de la masividad alcanzada durante 2010 y 2012 (Kanellopoulos & Kousis, 2018).

Como resumió Kouvelakis (2016), el tercer memorando convirtió a Grecia en un semi protectorado. El gobierno griego perdió casi todas sus facultades legislativas, ya que todo proyecto de ley que se trató en el Parlamento debió ser previamente presentado ante la Troika y al Mecanismo Europeo de Estabilidad (EMS), guardándose el derecho a veto sobre cualquier cuestión que pueda suponer una modificación dentro del ejercicio presupuestario en curso. Para cumplir con los objetivos de superávit fiscal, el gobierno de SYRIZA aprobó dos grandes paquetes

de ajuste, además de un esquema de privatizaciones que despojó a Grecia de todos sus activos relevantes, entre ellos privatización del aeropuerto internacional de Atenas, el puerto de Thessaloniki y la empresa pública de energía eléctrica PPC. El sector turístico de Grecia, una particularidad continental de pequeños negocios familiares, ha sido capturado por la especulación inmobiliaria que está generando un proceso de gentrificación de Atenas y una crisis de vivienda dentro de todas las grandes ciudades (Alderman, 2019). La tasa de desempleo, llevada a la baja con la proliferación de empleos precarios y mal pagos, era de 17% en 2019, más del doble de la medida de la eurozona (Eurostat, 2019). Se estima que más de 420.000 jóvenes con estudios universitarios abandonaron el país entre principios de 2010 y finales de 2018 (Sánchez-Vallejo, 2018). La crisis griega no fue superada, sino estandarizada. Grecia es el primer ejemplo occidental sobre cómo funciona integralmente un régimen «posdemocrático». Un sistema de gobierno con elecciones generales cada vez menos convocantes, y con partidos cuyas diferencias se reducen a un intercambio de logotipos y slogans, donde el Estado no controla ningún aspecto relevante del sistema de acumulación y distribución de la riqueza social.

Sin ningún logro del que enorgullecerse, SYRIZA comenzó a despedirse del poder el 26 de mayo de 2019 cuando perdió las elecciones europeas. En las elecciones generales de junio volvió a ser derrotado por Nueva Democracia, y fue expulsado del gobierno. El PASOK y DIMAR, se unificaron bajo el nombre de Movimiento por el Cambio (KINAL), esperando capitalizar el descontento del voto progresista con Tsipras y SYRIZA, aunque tras haber alcanzado el 8.1% (menos de medio millón de votos) quedó en claro lo difícil la rehabilitación social de la socialdemocracia clásica. Un dato interesante es que el descontento tampoco pudo ser capitalizado por la extrema derecha, que perdió todo lo conseguido anteriormente y quedó fuera del parlamento.

La única novedad fue la entrada al Parlamento de la plataforma paneuropea encabezada por Varoufakis, MERA25, con el 3,4% de los votos, que tampoco parece pasar de un rol testimonial.

Las elecciones generales de 2019 condujeron a la estabilización del sistema que entró en crisis en 2012. La caída de la Metapolítefsi (1974-2012) no llevó a un cambio significativo dentro del sistema político, sino que derivó en una reconfiguración deslucida. Hoy, Grecia se encuentra en la etapa denominamos como la post-metapolítefsi: una reconstrucción «gatopardista» del régimen anterior. El ciclo de impugnación a la austeridad en Grecia logró convertir en cenizas al PASOK, el partido más importante desde la transición democrática, pero el derrotero de SYRIZA impidió una transformación más profunda del sistema político. El proceso de desradicalización de SYRIZA supuso su «pasokización», tomando su lugar de la centroizquierda en el sistema de dos partidos mayoritarios que operan, sin fisuras, en el marco de lo políticamente posible según el rol asignado a Grecia en el concierto europeo. La estabilización del sistema político y la apertura de la fase de la post-metapolítefsi tuvo efectos a ambos lados de los polos ideológicos. Mientras que las formaciones que su ubican a la izquierda de SYRIZA tuvieron resultados más bien marginales, la ultraderecha griega –fenómeno que atrajo la atención global– se hundió hasta su desaparición parlamentaria. La experiencia de SYRIZA tuvo un impacto general: mostró fehacientemente que la resistencia contra la austeridad es inútil. Al menos, fue la imagen que la Troika intentó proyectar hacia el resto de la periferia mediterránea de la eurozona. Esa fue, y aún es, la potencia aleccionadora del desenlace del caso griego y de la caída fulminante de SYRIZA.

Capítulo 2

El caso portugués: de la Geração à rasca al Bloque de Izquierda

1. El proceso portugués de incorporación a la UE: ¿una excepción?

La entrada de Portugal al proceso de integración de Europa coincidió con su «normalización» en tanto democracia europea occidental. A diferencia del caso español y griego, el proceso de democratización de Portugal no fue administrado por las élites, sino que fue el producto de una revolución «desde abajo» que impidió cualquier posibilidad de que la propia dictadura pudiera intervenir en el diseño de su metamorfosis (Varela, 2019). Aun así, el Consejo Europeo había dejado en claro que solo negociaría con Portugal si este adoptaba un tipo de régimen pluralista (Teixeira, 2012, pág. 11). Los partidos políticos a la derecha del Partido Comunistas Portugués – para ese entonces, la organización más poderosa de la sociedad civil (Finn, 2017, pág. 9)–, coincidieron en tomar a la europeización de Portugal como una plataforma común.

Políticamente, desde fines de los '70 el sistema político portugués pasó de un multipartidismo fragmentado hacia una tendencia bipartidista (Ferreira da Silva & Mendes, 2019; Freire, 2006). Para 1987, el Partido Socialista (PS) y el Partido Social Demócrata (PSD) –los dos grandes partidos de centro y abiertamente europeístas– concentraron más del 70% del electorado, alcanzando el patrón de gobierno a la media de Europa (Freire, 2010, pág. 595). Portugal fue uno de los doce países firmantes del Acta Única Europea (AUE) en 1996, incorporándose al proceso de transferencia de capitales desde las principales economías del continente hacia los márgenes, como compensación de que éstos avanzaran con su reconversión productiva. Para Portugal esto significó la flexibilización del mercado de trabajo y uno de los programas de privatización de empresas estatales más amplios de todo el continente (Baklanoff, 1996).

Socialmente, la incorporación de Portugal al proceso de integración europeo desató un periodo de fuerte europeísmo, convirtiéndose en uno de los casos más marcados de «euro-entusiasmo» donde todos los partidos mayoritarios incorporaron al europeísmo dentro de sus plataformas políticas (Costa Lobo & Magalhães, 2011, p. 81). A diferencia de otros países periféricos que utilizaron el flujo de capital para impulsar la demanda agregada mediante el endeudamiento privado, en Portugal los fondos europeos se utilizaron mayoritariamente para mejorar los servicios sociales universales (Soares, 2009, pág. 6). Hasta principios de los 2000, la economía portuguesa continuó en expansión alcanzando el 75% del promedio del PIB de los quince estados de la Unión Europea, cuando en 1986 era apenas el 54%. En base a esto, Soares (2009) y Teixeira (2012) adjetivan a este periodo como el de la «convergencia europea», cuyo pico llegó en 1995 cuando, pese a su alto déficit fiscal, Portugal fue admitido dentro de la eurozona.

El fin de esta etapa de romance llegó con el proceso de *enlargment* de la Unión Europea hacia el este del continente que desplazó el centro de atención de las elites y redirigió ellos flujos de inversión de los capitales hacia estos países. Atraídos por la disponibilidad de una mano de obra barata altamente er calificada que se complementaba con el fuerte rechazo social a todo lo que tuviera la más mínima reminiscencia comunista, incluyendo a los sindicatos. Esto desató una fuerte competencia entre los países mediterráneos por la adjudicación de los fondos europeos restantes, donde Portugal fue uno de los países más perjudicados (Teixeira, 2012, pág. 23). Por lo que contaba con muy pocos resortes para mantener el dinamismo de su economía. Como marca Finn (2017), cerca del 45% del valor agregado generado en las fábricas de Portugal provenía de industrias de baja tecnificación, mientras tenía menos del 0,04% de la cuota del mercado global en las industrias de manufactura altamente tecnificada (Finn, 2017, pág. 19). La economía portuguesa comenzó un largo letargo.

Como señaló Cunha (1993), el proceso de europeización de Portugal fue solamente resistido por el Partido Comunista Portugués (PCP). El precio a pagar, a pesar de los intentos de moderar su discurso antieuropeo (Freire, 2005, p. 30), fue alto. El PCP no pudo evitar su exclusión política dentro del sistema de partidos. El «cordón sanitario» aplicado por el resto de los partidos se convirtió en una característica distintiva del régimen político portugués (Freire, 2006, pág. 392).

La primacía absoluta del PCP dentro de la izquierda fue desafiada recién en 1999, cuando partidos minoritarios de la izquierda –el Partido Socialista Revolucionario (PSR), de orientación trotskista, y la Unión Democrática Popular (UDP), más cercano al maoísmo, y el movimiento Política XXI, ligado al movimiento eurocomunista– decidieron aliarse en un nuevo partido para resistir al proceso de atomización de la izquierda alternativa (Pacheco Pereira, 1988, p. 98) fundando el Bloque de Izquierda (BE). Como señaló Lisi (2009), el BE puede ser enmarcado dentro de la «izquierda libertaria», ya que no contó ni con una estructura de liderazgo estructurada, sumado a una forma de organización interna más bien débil (de Almeida Correia, 2017, pág. 47). En su programa incorporó tanto las demandas clásicas de la izquierda europea –defensa del Estado de bienestar, progresividad para los salarios y pensiones, etc.–, como a las demandas «postmaterialistas»: defensa de las libertades civiles, medidas de transición ecológica, inclusión de minorías, promoción del pacifismo y una marcada línea feminista (Lisi, 2009). Desde su inicio, el BE fue un partido mucho más joven, feminizado que el Partido Comunista Portugués, aunque mucho más pequeño. Según los datos recopilados por Espírito Santo y Ferreira Costa (2017), los afiliados al PCP octuplicaron los del Bloque de Izquierda durante los 2000.

En términos electorales, el BE se desempeñó por encima de las expectativas. En 2002, fue el único partido de izquierdas que logró mejorar sus resultados con relación a las elecciones de 1999, y duplicó su performance en las elecciones europeas del 2004 cuando consiguió el 4,91%

de los votos y obtuvo representación en el Parlamento Europeo por primera vez en su breve historia. El principal factor que logró impulsar la inserción social del BE fue la fuga de votos «por izquierda» generada por a la insatisfacción con gobierno encabezado por el socialista António Guterres que tomó medidas de ajuste fiscal y recortes en el gasto tan pronto como inició su gobierno en 1995 (Magone, 2006, pág. 40). Como señaló Lisi (2009, pág. 134), el Bloque de Izquierda adoptó un fuerte discurso de protesta que lo convirtió en una de las opciones favoritas entre los jóvenes, como también movilizándolo abstencionistas. En 2005, el Bloque de Izquierda volvió a crecer electoralmente consiguiendo el 6,8% de los votos y asechó al PCP, que había conseguido el 7,5%. Los comunistas ya no eran la izquierda hegemónica de Portugal.

2. Austeridad antes de la Troika (2009-2014)

En 2004, el primer ministro de Portugal y líder del Partido Social Demócrata (PSD), José Manuel Durão Barroso, renunció para convertirse en presidente de la Comisión Europea. Una salida más que elegante para un gobernante que afrontaba una seria crisis de popularidad, además de haber sufrido un duro revés electoral en las elecciones europeas un mes atrás. Con la economía virtualmente estancada desde 2002 y formalmente en recesión en 2003 (-0,9%) –números que contrastaban con el boom de la economía griega y española que crecieron un 5,9% y un 3,1%, respectivamente (Lourtie, 2011)– el gobierno de Barroso había llevado adelante una batería de medidas que apuntaron a la consolidación fiscal, específicamente reformas regresivas en el sistema de pensiones y la flexibilización del mercado de trabajo. Como señalan Ferreira da Silva y Mendes (2019) el «lenguaje de la austeridad» comenzó a ser hablado en Portugal antes que en ningún otro país del mediterráneo (pág. 149).

Barroso fue reemplazado por José Sócrates, quien llevó al Partido Socialista (PS) al mejor resultado electoral de su historia en 2005, favorecido principalmente por el traspaso de votantes de centro derecha hacia el PS. Los socialistas no habían presentado un programa político radical pero sí prometían terminar con la recesión y dar un «shock tecnológico» a la economía portuguesa (Deloy, 2009). En lugar de eso, Sócrates varió ciertamente poco con respecto al gobierno de Barroso. Como señaló Baumgarten (2013), fue durante ese período cuando se formaron las primeras organizaciones contra la austeridad, el desempleo y la precarización laboral.

Cuando estalló la crisis de 2008, el panorama político comenzó a transformarse: después de un colapso de los socialistas en las elecciones europeas de 2009 –que funcionaron de hecho como una primera vuelta (Freire, 2010, pág. 610)– Sócrates logró recomponerse para continuar siendo la opción más votada en las generales, pero perdió su mayoría. La solución para continuar en el poder fue la conformación de un gobierno de minoría, con el apoyo parlamentario de las derechas. Este nuevo panorama fue leído por Freire (2010) como el fin de la etapa de los gobiernos mayoritarios. Del lado de las izquierdas, la situación fue llamativa: los votos sumados del PCP y el BE superaron a los obtenidos en conjunto por SYRIZA y el KKE en Grecia.

El segundo gobierno de Sócrates siguió con las medidas de consolidación fiscal para intentar salir de la recesión, pero sin muchos resultados. Cuando el 13 de junio de 2010, la calificadora de riesgo Moody's degradó a los bonos de la deuda portuguesa cerrando el mercado del crédito, tanto el déficit público como el desempleo eran superiores al 11%. Ambos valores eran un récord histórico para Portugal. De ahí en más, la historia del gobierno de Sócrates puede ser resumida como una seguidilla de programas de ajuste. En marzo de 2010, el gobierno presentó el Programa de Estabilidad y Crecimiento (PEC) bajo los mecanismos de vigilancia presupuestaria mutua de la Unión Europea (Pedroso, 2014, pág. 3). El ministro de economía Fernando Teixeira

presentó el proyecto llamando a hacer un «esfuerzo nacional» (Abramsohn, 2010) para salvar la economía del país. El PEC propuso un amplio programa de recortes en el gasto público y el aumento de algunos impuestos hacia los altos ingresos, con el objetivo de llevar el déficit a -2,8% en 2013, en base a los límites del déficit acordados en la eurozona, del 3%. El programa fue aprobado gracias al apoyo de la oposición de derechas, que también se adjudicaron la autoría de las propuestas centrales. Cuatro meses después, el gobierno presentó el PEC II, y a finales de 2010 el PEC III, que supusieron una profundización del ajuste fiscal y los recortes.

Ante una política de ajuste permanente, el movimiento de sociedad portuguesa golpeo el tablero: João, Alexandre, António y Paula (un desempleado, un estudiante, un becario de doctorado y una pasante) escribieron un breve manifiesto contra la austeridad y lo publicaron en un grupo de la red social Facebook que llamaron “*Geração à Rasca*” (Generación Precaria), convocando a una manifestación para el 12 de marzo. Sin mucho contenido radical, el manifiesto denunciaba las formas de precarización del empleo, la exclusión laboral de los jóvenes y la degradación de los salarios. Sin críticas directas al gobierno, el manifiesto concluía afirmando que «querían ser parte de la solución, para transformar una realidad insostenible» (Geração À Rasca, 2011). El resultado, tres semanas después, fue la mayor movilización de la sociedad civil portuguesa desde la Revolución de los Claveles (Costa, Estanque, & Fonseca, 2018). La movilización inauguró una mecánica precursora, donde por primera vez en el continente la oposición a los efectos de la austeridad generó un hecho de masas espontáneo, sentando un precedente importante para las nuevas formas de acción colectiva en tiempos de austeridad.

A estas alturas, el gobierno de Sócrates era francamente impopular y políticamente débil: líder de un gobierno minoritario que debía su suerte a la clemencia del principal partido opositor, el PSD. Para continuar en el poder, los socialistas habían violado el programa de gobierno por el

cual fueron la opción más votada en el 2009. Una semana después de la manifestación, el gobierno intentó aprobar un nuevo paquete de austeridad –el PEC IV–, pero sus socios en la derecha no le dieron el visto bueno. El cuarto paquete de ajuste fue rechazado en el Parlamento y José Sócrates presentó su renuncia como primer ministro de Portugal el 23 de marzo de 2011.

Convocadas las elecciones anticipadas para el 5 de junio, Sócrates siguió en el poder como gobernante interino y se despidió del cargo con una última medida: ante la inminencia de una bancarrota nacional que impediría garantizar el pago de los intereses de la deuda, solicitó un rescate a la Troika. El 5 de mayo, se acordó un programa de tres años por 78 billones de euros, el 44% del PBI de Portugal. Sin burbuja inmobiliaria ni signos de derroche fiscal extendido, la crisis en Portugal combinó una crisis de deuda con una recesión de más de una década (Reis, 2015). El gobierno socialista había justificado los PECs como último recurso para no caer en un rescate, por eso, el pedido de rescate a la Troika fue presentado como una derrota nacional. Inclusive, la prensa internacional lo tomó como «la rendición de Sócrates» (Relea, 2011).

Como señaló Fernandes (2011), la firma del MoU en el marco de una campaña electoral estrechó el marco para el debate político, haciendo de la implementación de la austeridad un hecho inevitable. En las elecciones, casi el 8 de cada 10 votantes eligieron a una de las tres opciones políticas –el PS, el PSD y el Centro Democrático Social (CDS)– que competieron por quién aplicaría con mayor eficacia el programa de la Troika. En ese contexto, las elecciones fueron un cataclismo para el Bloque de Izquierda que perdió a la mitad de sus votos y de su bancada en el Parlamento. En las elecciones, donde la austeridad parecía ineludible, se reafirmó el patrón de despolitización y desafección de la sociedad portuguesa con la democracia. La participación electoral volvió a bajar, y Portugal se convirtió en el país europeo con menores niveles de confianza con la clase política y el Parlamento (Ferreira da Silva & Mendes, 2019, pág. 159).

Pedro Passos Coelho, líder del PSD, asumió como primer ministro el 21 de julio de 2011, al frente de un gobierno que encajó a toda regla con el lenguaje de la austeridad: un gabinete pequeño con los cargos clave en manos de académicos sin filiación política previa. En su toma de posesión, Passos Coelho prometió «gobernar con realismo» y sin «obsesiones ideológicas» (Discurso na íntegra, 2011). Así ingresó Portugal al experimento social de la implementación de la política de los memorandos.

3. Austeridad después de la Troika (2011-2015)

El programa de rescate en Portugal comprendió de la implementación de un paquete de alrededor de 500 medidas que apuntaron a congelar el gasto, aumentar la recaudación y reformar la estructura del Estado. Del lado del gasto, las medidas congelaron los salarios públicos y recortaron las transferencias directas, principalmente pensiones y seguros por desempleo. Del lado de la recaudación, se aumentó el IVA, los impuestos a las empresas y a los bienes personales, y el costo de los servicios públicos. Respecto a la reforma del Estado, el *MoU* buscó hacer cirugía mayor sobre tres áreas: reforma integral de la legislación laboral, un programa de privatizaciones en los sectores de monopolio estatal –electricidad, gas, telecomunicaciones y el servicio postal–, y una reforma del Poder Judicial, un aspecto a remarcar teniendo en cuenta que buena parte de las instituciones del Estado de bienestar portugués se encontraban resguardadas por la Constitución.

A pesar de haber implementado el programa con «ejemplaridad» (Freire & Moury, 2013, pág. 43), los objetivos de reducción del déficit parecían lejanos. Para solucionar el incordio, Passos Coelho cumplió su promesa de campaña de «ir más allá de la Troika». Si el *MoU* había congelado los salarios del sector público y las pensiones, el gobierno decidió implementar un radical recorte

a los salarios públicos, -que promedió el 25%- y a las pensiones –de un 5% a un 40% según el monto– y congeló el presupuesto de los sistemas de salud y educación.

Cuando el programa de ajuste acordado con la Troika terminó en 2014, el resultado fue la mayor pérdida de riqueza de la historia reciente de Portugal, con una contracción del PIB del 6% (Reis, 2015, pág. 435). La deuda pública superó el 120% de la economía del país, el desempleo siguió por encima del 15% y llegó al 36% para los menores de 30 años (ECB, 2014). Como resultado, el país vivió una diáspora poblacional solamente comparable con el proceso de exilio político producto de la dictadura de António de Oliveira Salazar: en tres años medio un millón de personas, en su mayoría jóvenes, dejaron el país sobre una población de total de diez millones, y una población activa de un poco menos de cinco millones de personas (López, 2014; Finn, 2017). Por primera vez desde la Revolución de los Claveles bajó la matrícula universitaria, y dos millones y medio de personas se encontraban por debajo de la línea de la pobreza (Martins, 2017, p. 41).

Lo más sorprende del caso portugués, es que el efecto de este descalabro social sobre el sistema político pareció ser nulo: las elecciones para el parlamento europeo de mayo de 2014 mostraron que los dos grandes partidos de centro –el PS y el PSD– resistieron como las opciones favoritas, mientras que el Bloque de Izquierda quedó por debajo del 5% de los votos.

¿Cómo ocurrió que una sociedad con un fuerte legado revolucionario y con opciones relativamente consolidadas dentro del campo de las izquierdas aceptara estoicamente la austeridad? La respuesta es multicausal. En primer lugar, a diferencia de los casos de Grecia y España, las élites fueron mucho más responsivas a la emergencia del descontento dentro de la sociedad. Segundo, el movimiento contra la austeridad fue mucho menos poderoso en Portugal que en el resto de los países de la periferia mediterránea, pero aun así fue en este en ese país donde las manifestaciones populares tuvieron más efectos concretos. Como muestran Fishman y Everson

(2016), para influir en el proceso de toma de decisión de las élites se necesitaron menos hechos masivos de acción colectiva. En líneas generales, el ciclo portugués de impugnación contra la austeridad se caracterizó mucho más por una amplificación de patrones de movilización anteriores, que por la construcción de nuevos sujetos politizados. Luego de la movilización del 12 de marzo de 2011, pese a la emergencia de un proceso de movilización de la sociedad, este fue tanto intermitente como diferenciado.

En primer lugar, lo calificamos como intermitente porque el ciclo de protesta se caracterizó por grandes movilizaciones que no consiguieron conectarse en nuevas redes de activismo y organización política. El episodio de masas que siguió a la movilización del 11 marzo fue formación de la plataforma «*Que se lixe a Troika*» (Que se joda la Troika), quienes convocaron a dos movilizaciones bastante espaciadas en el tiempo: la primera el 15 de septiembre de 2012, y la segunda el 2 de marzo de 2013. La primera, con más de un millón de manifestantes, se desarrolló en el contexto de la presentación parlamentaria de una de las medidas más regresivas de todo el *MoU*: la reducción de las contribuciones patronales a la seguridad social, y el aumento de esa carga impositiva hacia los salarios de los trabajadores. Después de la manifestación, tanto el presidente Cavaco Silva como el primer ministro Passos Coelho dijeron no ser «ni sordos ni ciegos» (Rodrigues, 2012), y retiraron la reforma. Esta permeabilidad de las elites políticas es remarcable, más aún si se compara con los casos español y griego, donde la protesta social de masas no generó ningún efecto práctico en los gobernantes. En la movilización de 2013, como señalan Costa, Estanque y Fonseca (2018), la convocatoria fue mucho más clara políticamente –abogando por una plataforma común para las izquierdas– pero no consiguió ningún resultado práctico, aunque sí influyó en la agenda de los partidos (Alabao, 2019).

Por otro lado, decimos que el movimiento fue diferenciado porque las formas clásicas y novedosas de movilización social se mantuvieron relativamente independientes. Si analizamos la cronología de la movilización sindical vemos que esta responde a la emergencia de los nuevos activismos, aunque su coordinación es ciertamente limitada: luego de cada gran manifestación convocada desde los sectores «no tradicionales», las centrales sindicales organizaron una huelga general. El problema no era nuevo: desde hacía por lo menos una década, las organizaciones de trabajadores precarizados celebraran un «Primero de Mayo alternativo» (Dias & Fernandes, 2016, pág. 28), sin conseguir mucha simpatía de los sindicatos.

Otro factor interesante para explicar las limitaciones del ciclo de impugnación a la austeridad en Portugal es la intervención del poder judicial, quién funcionó de hecho como una barrera para la implementación plena de las medidas de austeridad. En abril de 2013, la Corte Suprema de Portugal vetó las reducciones de los beneficios por desempleo, las rebajas a las bonificaciones salariales y el recorte en las licencias por enfermedad, bajo el argumento de que las medidas violaban los «principios de igualdad» protegidos por la Constitución (Jiménez Barca, 2013). Meses después, la Corte volvió a poner un freno a la austeridad cuando declaró inconstitucional un decreto del gobierno que rebajó las pensiones, caratulando a los pensionistas como «población vulnerable» (Jiménez Barca, 2013b). Por último, en 2014 la Corte Suprema le dio otro golpe a la austeridad cuando dictó que toda rebaja a las pensiones era inconstitucional.

Por fuera de esto, Portugal logró sacar provecho del desdoblamiento de la estrategia de la Troika para gestionar la crisis dentro de los países de la periferia, principalmente gracias a la sanción de nuevos mecanismos de financiación del déficit. A principios de 2015, pocos meses antes de las elecciones portuguesas, el BCE lanzó el Programa de Compra de Activos Públicos (PSPP), un programa de compra de bonos de deuda pública por parte de las autoridades europeas

que tuvo como resultado una baja de la tasa de interés de bonos de deuda apreciados de forma artificial. Que este tipo de mecanismos de ayuda financiera –que permitió a Portugal cumplir con el *MoU* sin la necesidad de solicitar una extensión– jamás hayan sido ofrecidos a Grecia, muestra la discrecionalidad y el cálculo con la que las autoridades europeas se manejaron para la gestión de la crisis en la periferia de la eurozona. Como señalamos en la introducción, a esta nueva estrategia de la Troika para la gestión de la crisis proponemos caracterizarla como una «revolución pasiva» ya que, tanto en Portugal como en España, el apaciguamiento de la crisis –al menos mediante la recomposición relativa de las cifras de crecimiento– impuso límites a la expansión de las izquierdas (Príncipe, 2017, pág. 9).

Tomadas en conjunto, estas medidas supusieron un límite a la austeridad de más de dos mil millones de euros, con un claro efecto palpable: Portugal fue el país que menos se pauperizó estando dentro del *MoU*. Inclusive España -que no firmó ningún memorando- muestra peores niveles en lo relativo a la caída general del ingreso de las mayorías. Como señalan Matsaganis y Pérez (2018), mientras que la caída del ingreso real de las capas más bajas de los asalariados fue del 51% en Grecia y del 34% en España, en Portugal fue del 24% (pág. 5). Los diferentes obstáculos en la implementación de la austeridad en Portugal tuvieron un correlato en la morigeración de la crisis del régimen. Inclusive, la leve recomposición del empleo durante el 2014 impulsó la noción que los sacrificios hechos en nombre de la austeridad habían valido la pena.

4. La *Geringoça*: una respuesta ¿efectiva? Contra la austeridad

Todo indicaba que el Bloque de Izquierda iba a mirar con envidia los resultados de la izquierda radical en el resto de la periferia mediterránea. A diferencia del caso español, la izquierda portuguesa no tuvo la oportunidad de aprovechar el «*momentum*» generado por el auge de Syriza.

Cuando la campaña electoral comenzó en 2015, la izquierda griega ya se encontraba en declive y acorralada por la inflexibilidad de la Troika, víctima de la peor cara de la revolución pasiva europea. En un intento por transformar el escenario, mientras que la izquierda griega sufría una dura derrota y el candidato socialista llamaba al «voto útil» y a no repetir la «la pesadilla de SYRIZA» (Príncipe, 2017, pág. 10), el Bloque de Izquierda publicó un nuevo documento electoral en el que clarificó sus posiciones: responsabilizó a la Troika por el desenlace de la crisis griega y a Alemania por haber violado toda regla comunitaria dentro de la UE, donde la única regla era «la que se dictaban desde Berlín» (Bloco de Esquerda, 2015). Se propuso un referéndum sobre la continuidad del Tratado de Estabilidad y se afirmó que no estaban dispuestos a hacer más «sacrificios por el euro» (Bloco de Esquerda, 2015). Una radicalización intempestiva y también algo arriesgada.

El sistema político portugués pareció llegar en buena medida intacto luego de los años de intervención de la Troika, pero el resultado de las elecciones puso esto en duda: ninguno de los tres partidos de gobierno logró sus objetivos. Las derechas –el PSD y el CDS– unidas en la coalición Portugal al Frente (PaF), ganaron la elección, pero perdieron su mayoría. Los socialistas tuvieron un resultado bastante peor que lo esperado, relegados al segundo lugar. El Bloque de Izquierda fue la gran sorpresa de la noche: no solo recuperó el terreno perdido en 2011, sino que además superó el 10% de los votos, superando al PCP y convirtiéndose en la tercera fuerza. El BE se convirtió así en un actor clave: si las derechas lograban pactar con el PS, los «bloquistas» serían el principal partido de oposición; por otro lado, si el PS buscaba socios a su izquierda, el BE estaría en condiciones de ser la llave para la conformación de una mayoría alternativa.

Más allá de los resultados, las elecciones de 2015 mostraron el impacto de la austeridad en la sociedad de portuguesa, aunque en sus clivajes previos particulares: desafección, despolitización

y desconfianza. La participación electoral fue del 55,8%, la más baja de la historia. La implementación de la austeridad reforzó el proceso de desafección política debido a que, como detallan Amaral et al. (2014), para la sociedad portuguesa el estado de bienestar era una institución básica de la democracia, tan importante que las elecciones libres y la libertad de expresión.

Con el resultado puesto, el nuevo líder del Partido Socialista, el ex alcalde de Lisboa António Costa, anunció que se encontraba trabajando en un «pacto de izquierdas», y terminó de esta forma con el gobierno de Passos Coelho, quién cayó mediante una moción de censura apoyada por el PS, el BE y el PCP. Costa fue nominado para formar gobierno y el 3 de diciembre logró aprobar su programa, en lo que fue el proceso de conformación de gobierno más extenso desde la democratización portuguesa (Fernandes J. , 2016, pág. 8). El acuerdo que convirtió a Costa en primer ministro fue poco habitual: con tres acuerdos por separado –BE, PCP y el Partido Verde– se acordaron una serie de políticas comunes que tuvieron por objetivo «revertir la austeridad». Ni el PCP ni el BE se propusieron como objetivo formar un gobierno de coalición, entendiendo que fuera de los acuerdos puntuales, las diferencias ideológicas entre los partidos eran demasiado profundas como para llevar a una línea mínima común, principalmente en lo referido a la deuda externa y la pertenencia a la eurozona (Costa et al., 2018, p. 124). Al final, Costa aceptó encabezar un gobierno de minoría, mucho más precario que una coalición estable, algo que los socialistas buscaron expresa, pero infructuosamente (Barros, De Giorgi, & Moury, 2020, pág. 159).

De forma temprana, el historiador y ensayista Vasco Pulido Valente (2014) calificó un potencial gobierno del Partido Socialista como una «*geringonça*» –es decir, una cosa mal hecha– después de conocerse que el liderazgo de António Seguro, al frente del Partido Socialista desde la renuncia de José Sócrates, sería disputado por Costa. El término, inmediatamente incorporado por la derecha, se popularizó después del acuerdo con las izquierdas. En efecto, el acuerdo de gobierno

entre las izquierdas comenzó a mutar una de las características que ordenaban al sistema político: la exclusión de todo lo que se encontrara a la izquierda del PS (Freire, 2006, pág. 392).

En la práctica, el acuerdo funcionó más allá de lo esperado. El presupuesto de 2016 mostró un cambio de rumbo: aumentaron los impuestos a los altos ingresos, se reestablecieron las jornadas de trabajo anteriores al rescate, se reinstalaron las bonificaciones salariales y se aumentaron las contribuciones patronales a la seguridad social. Pese a la preocupación de la Comisión Europea por un posible aumento del déficit, ocurrió lo contrario: el pequeño aumento de los ingresos del sector público y de los salarios más bajos del sector privado comenzó a reconstruir los patrones de consumo de una clase media desmantelada por la austeridad (Mauritti & Martins, 2014; Duarte, 2015). Por otro lado, la caída del precio del petróleo –del cual Portugal es importador neto– y el redireccionamiento del turismo mediterráneo por la desestabilización del mundo árabe otorgaron otro empujón para la recuperación económica. Además, como señala Príncipe (2017), el gobierno siguió beneficiándose de la flexibilidad de las instituciones europeas que, lejos de penalizar a Portugal por sus proyecciones de déficit, continuaron con el programa de compra directa de los bonos de la deuda portuguesa, cuyos intereses se reinyectaban directamente a la economía (pág. 17). El resultado conjunto de esto fue el crecimiento del PBI por encima de los intereses de la deuda y haciendo del 2016 el año con el menor déficit fiscal en la historia de la democracia portuguesa. Así es que se comenzó a hablar del «milagro económico portugués» (Alderman, 2008). Costa, que parecía haber encontrado la fórmula del éxito, declaró que había probado que era posible «terminar con la austeridad sin salir del euro» (Dinis, 2018).

Aun así, la relación entre las izquierdas no fue sencilla habiendo varios momentos donde pareció que las «líneas rojas» del acuerdo estaban por cruzarse. En diciembre de 2015 se produjo el primer desacuerdo, cuando un banco relativamente pequeño de la provincia de Madeira, el

BANIF, presentó su quiebra. El BE presentó la propuesta de estatizar el banco e integrarlo al principal banco público del país, la *Caixa Geral de Depósitos*, pero Costa negoció con Bruselas su recapitalización y privatización. El banco fue rescatado con 3 mil millones de euros y posteriormente vendido al Banco Santander por la cifra simbólica de 150 millones de euros. Fue la primera vez, pero no la última, en la que el gobierno socialista se apoyó en los partidos de la derecha para aprobar una iniciativa rechazada por las izquierdas. En agosto de 2016, Costa acordó con el BCE la recapitalización de la *Caixa Geral de Depósitos* a través de una inyección de 2,5 mil millones de euros. Cuando en 2017, el banco –ahora recapitalizado– presentó un programa de reestructuración que comprendía una ola de despidos y el cierre de varias de sus sucursales, el BE presentó una interpelación al ministro de economía Mário Centeno –el Cristiano Ronaldo de las finanzas», según el ministro alemán Schäuble– y una demanda pública a Costa para que interviniera la gerencia del banco (BE chama Centeno, 2017). Otra vez, Costa lo descartó.

El mayor choque se produjo a finales de 2016 cuando Costa intentó balancear su perfil izquierdista con una fuerte concesión a los empresarios rebajando la Tasa Social Única para los empleadores, algo que se encontraba expresamente descartado dentro del acuerdo con el BE y el PCP. La medida fue rechazada en el parlamento gracias a un giro inesperado del PSD, que se unió a las izquierdas al voto negativo de las izquierdas. Catarina Martins, vocera del BE, aseguró que ese fue el momento de mayor tensión de toda la legislatura, donde la supervivencia del acuerdo estuvo en serio riesgo (Marujo & Francisco, 2018). Por último, en 2017, el *Novo Banco* –creado en 2014 mediante un rescate con fondos públicos– inició el proceso de venta al fondo butre *Lone Star*, en una operación sin precio de compra. El BE denunció que se estaban utilizando recursos del estado para los negocios financieros de la banca privada (Esquerda, 2017). Los socialistas se mantuvieron impermeables, y el *Novo Banco* fue adquirido por Lone Star en octubre de 2017.

Entretanto, la situación del Bloque de Izquierda no fue cómoda, y acompañó las vicisitudes de la nueva izquierda radical europea. El impacto de la derrota de Syriza moldeó su relación con los socialistas y abrió un debate interno. Dentro del partido, había acuerdo en que no se podía presionar al gobierno de Costa más allá de las líneas rojas: no más recortes, no más privatizaciones y aumentos anuales de los salarios y las pensiones. Sin capacidad de presionar sobre la membresía de la OTAN o la pertenencia a la eurozona, el BE renunció comprometerse más allá del acuerdo común. Además, la relación del BE con los socialistas comenzó a ser más conflictiva, y había una buena razón para eso: mientras que los comunistas no parecían ser una competencia directa para el PS, al ser un partido con base social mucho más estancada, el Bloque de Izquierdas demostró tener una base de apoyos móvil, algo que podía frustrar las intenciones de los socialistas de alcanzar la mayoría absoluta, y librarse así de la política de acuerdos con las izquierdas.

De forma general, las elecciones de 2019 ocurrieron en un contexto de claro desgaste entre los miembros del acuerdo –de hecho, los socialistas ya habían manifestado a fines de 2018 que los acuerdos con las izquierdas podían no repetirse–, y también del aletargamiento del «milagro portugués» (Aguar-Conraria, 2018). El crecimiento, que había sido extraordinario en 2017, empezó una tendencia hacia la baja en 2018 y 2019 (Banco Mundial, 2020). El rebote económico español, que ahora también disfrutaba del redireccionamiento del flujo del turismo mediterráneo, de la caída de los precios de los combustibles y sobre todo del «relajamiento» de las reglas fiscales de la Troika, comenzó a esfumar la imagen de excepcionalidad de Portugal. Por segunda vez consecutiva, el resultado de las elecciones fue contrario a la voluntad de los partidos: la derecha siguió perdiendo terreno, y los socialistas no alcanzaron la mayoría deseada. Las izquierdas, por otro lado, no variaron sustancialmente sus posiciones con respecto a 2015. Políticamente, el resultado de la elección significó el fin de la «geringonça»: Costa se encontraba ahora en una

posición más cómoda porque, si bien no había conseguido una mayoría propia, la nueva composición del parlamento convertía a los socialistas en una minoría muy sólida. A finales de 2020, el Bloque de Izquierda rechazó el presupuesto presentado por los socialistas marcando el fin del gobierno de alianza entre las izquierdas. El gobierno actual, se basa en un equilibrio de alianzas flexible de los socialistas que buscan el apoyo de las izquierdas o de las derechas, según el caso.

En Portugal, la movilización popular contra la austeridad no fue el principal desafío a la hegemonía europea, ya que ese ciclo entró en un proceso de reflujo tan fugaz como su emergencia. El desafío más importante a la hegemonía del bloque histórico europeo fue fruto de la transformación programática de un partido de izquierda radical que logró recoger parte de la apatía social acumulada contra el largo proceso de declive de Portugal. En efecto, el crecimiento del Bloque de Izquierda no fue a expensas de la izquierda comunista sino a la par, movilizándolo el descontento y traduciéndolo políticamente y multiplicando el voto total hacia las izquierdas. La transformación del panorama electoral cambió el horizonte de posibilidades del sistema político y corrió el marco de lo políticamente posible. La negativa del BE para ingresar a un gobierno de coalición con el PS puede ser leída como una negativa a europeizar su programa y convertirse en gestores de una forma suave de austeridad. El resultado de esta elección estratégica fue variopinto.

En primer lugar, la *geringonça* demostró que es posible encontrar espacios de maniobra para detener el deterioro social causado por el espiral permanente de la austeridad en los países periféricos de la eurozona. La nueva izquierda portuguesa logró encontrar el lugar necesario para presionar al sistema político desarticulando algunos ordenadores de la competencia política. Sin la efervescencia social del caso español ni el terremoto político de la experiencia griega, la izquierda portuguesa logró convertir al mejor alumno de las instituciones europeas en un polo de atracción para la erosión de la narrativa de que no hay alternativa a la austeridad en suelo europeo.

En el plano electoral, el Bloque de Izquierda mostró una característica particular. Consiguió prácticamente el mismo resultado tanto en el pico del ciclo de impugnación contra la austeridad como cuando la hegemonía del bloque histórico dejó de estar frontalmente disputada. Este hecho tiene dos variantes de análisis. La primera es que el ciclo de impugnación a la austeridad no logró romper el clivaje central del sistema político portugués: la disputa entre la centroizquierda y la centroderecha por una masa de votantes intercambiables elección tras elección. Pero, por otro lado, los años de austeridad en Portugal consolidaron al Bloque de Izquierda, que pasó de ser un pequeño partido marginal a la tercera fuerza política del país, por encima del Partido Comunista.

En cuanto a los resultados del gobierno de la *geringonça*, la izquierda portuguesa pudo comprobar las limitaciones de su estrategia. Luego de un periodo de optimismo sobre la potencialidad transformadora de los acuerdos de gobierno, el balance es más bien tímido. El excedente económico generado por el crecimiento excepcional de la economía durante los primeros años de la *geringonça* fue utilizado por el gobierno socialista para cumplir con sus objetivos de terminar la legislatura con un déficit cero, sacrificando la inversión. En efecto, en 2018 la inversión pública de Portugal fue la más baja de todos los países de la eurozona (Correia, 2019). Inclusive, la inversión pública en salud y educación durante 2017 y 2019 se encontró por debajo del período comprendido entre 2012 y 2015, cuando las cuentas de Portugal estaban intervenidas por la Troika (Nogueira Pinto, 2021).

Por otro lado, la recuperación económica se ancló en el turismo y la construcción, por lo que reforzó la dependencia estructural de la economía portuguesa. Además de esto, los acuerdos de gobierno no comprendieron de ninguna medida en el plano subnacional, por lo que los socialistas gobernaron con completa discrecionalidad a las principales ciudades del país. En Lisboa, el *boom* del turismo y construcción inició un proceso de financiarización del mercado de

bienes raíces, lo que tuvo como consecuencia que la vivienda social en Lisboa ocupe hoy en día solo el 2% del parque inmobiliario (Correia, 2019), lo que desató un proceso de gentrificación turística, aumento de los desalojos y expulsión las capas más pobres de la ciudad (Mendes, 2020). En el mercado del empleo, la situación es análoga. La abrupta caída del desempleo –que pasó del 16% en 2013 al 6,5% en 2019– contrasta con la proliferación de empleos mal pagos, poco calificados y con contratos precarios (Correia, 2019). Un aspecto más que relevante, ya que la lucha contra la precarización del empleo es uno de los pilares ubicuos de los programas políticos del Bloque de Izquierda desde su fundación. Esta es una de las principales razones por las que, a pesar de las cifras récord de crecimiento económico, Portugal no pudo repatriar a los jóvenes que se fueron del país en la diáspora causada por la austeridad (Del Barrio, 2018). Estos elementos son los que permiten hablar de una «austeridad sigilosa» (Barros et al., 2020; Freire, 2021) durante los años del gobierno de Costa. Esto es, una lógica de gobierno contradictoria en la que los socialistas intentaron cumplir con el mandato popular de recomponer el nivel de vida de la sociedad luego de la austeridad y, a la vez, cumplir a raja tabla con las demandas de las instituciones europeas.

La izquierda radical en Portugal hizo una elección estratégica. Aprovechó su expansión electoral para posibilitar un cambio de gobierno que ralentizara los efectos de la austeridad. Si nos reducimos a esos objetivos, el resultado ha sido positivo: las dos derechas tradicionales perdieron terreno y de momento no tienen muchas posibilidades de volver al control del Estado. Por otro lado, los efectos no deseados de esa decisión son dos: el primero, es que la implementación de una «austeridad sigilosa» por el gobierno de Costa colisionó con el núcleo de demandas del Bloque de Izquierda. La precarización del empleo, la financiarización de la vivienda y la proliferación de los desalojos atacan al corazón del electorado *bloquista*. Segundo, la lucha a medias contra la

austeridad también convalida a la competencia entre los grandes partidos del centro, variando entre una forma dura o blanda de responder a las demandas de las instituciones europeas.

Por último, debemos remarcar un nuevo fenómeno: el surgimiento y consolidación de la extrema derecha portuguesa. En las elecciones presidenciales de 2021 –donde participó el 39% del padrón– André Ventura, líder de *Chega!*, consiguió el 11,9% de los votos. Si la presencia de la extrema derecha se consolida en la próxima elección, estaríamos en las puertas de una transformación más profunda del sistema de partidos, y probablemente del régimen político portugués. Si tomamos en cuenta la experiencia española, el surgimiento de la extrema derecha puede significar un difícil escenario de reflujos para las izquierdas que puede borrar de un plumazo todo el capital conseguido desde la explosión del ciclo de impugnación a la austeridad. En este caso, la apuesta por la independencia política y la diferenciación programática del Bloque de Izquierda con los socialistas puede ayudar a que los bloquistas conserven su imagen contestataria al sistema político y social de Portugal, como a su rol dependiente dentro del concierto europeo.

Capítulo 3

El caso español: del 15M a Podemos

1. La transición española: posfranquismo, democracia y europeización

En el Estado español, el proceso de incorporación a la Unión Europea fue un proyecto tan trascendental como la democratización. Aun así, la lógica con la que se insertó al concierto europeo guarda fuertes reminiscencias con el modelo de desarrollo político y económico diseñado durante la dictadura franquista. En 1957, el ministro de vivienda José Luis Arrese dijo que no querían «una España de proletarios, sino una España de propietarios» (ABC, 1959) y, de cierta manera, todos los gobiernos que lo prosiguieron cumplieron con esa máxima.

Con la muerte de Francisco Franco en noviembre de 1975 la dictadura no colapsó, sino que logró dirigir su propia reconversión. El proceso de transición democrática, que terminó en 1982 con la victoria electoral del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), dio paso a la constitución del «Régimen del '78». Esto es, como lo definieron Rendueles y Sola, «un conjunto de consensos políticos, económicos y culturales que permitieron a las elites económicas y políticas gestionar con relativo éxito los conflictos laborales, territoriales y culturales» (2015, pág. 32). Pero, a pesar del éxito de la transfiguración de la élite política franquista que conservó su rol de clase dirigente durante la apertura democrática, la formación del régimen del '78 sí necesitó de una importante concesión de parte de sus impulsores: abstenerse de implementar medidas económicas impopulares en un contexto general de agotamiento del modelo económico.

Si hasta finales la década de los '50 el modelo socioeconómico de la dictadura fue de especialización en el turismo y el mercado de la vivienda, el franquismo introdujo un plan mucho más ambicioso. Como analizaron De la Torre y García-Zúñiga (2013), el «franquismo tardío» desarrolló una política de industrialización acelerada que incluyó un fuerte proteccionismo y una

expansión sustantiva del crédito industrial (pág. 46). El esplendor de la industria española llegó a su fin en 1973, cuando la crisis global por el aumento del precio del petróleo puso en jaque a una clase empresarial poco permeable para la competencia internacional, flanqueada por la protección estatal y más bien reacia a la innovación productiva. Para contener la conflictividad social, en un escenario de efervescencia de la organización sindical, la fórmula de la transición para mantener la paz social fue sostener la política de aumentos salariales del sector de la industria a pesar de la caída de su productividad agregada (Díaz, 2020).

Esta incongruencia estructural de la economía española fue sostenida hasta la victoria de Felipe González en 1982. A diferencia del gobierno posfranquista de la transición, el PSOE contó con la legitimidad social, política y electoral necesaria para llevar adelante la reconversión industrial de economía española, aunque ésta implicara la sanción de medidas francamente impopulares. Además, el PSOE contaba con su propia organización sindical, la UGT, que difícilmente confrontaría con el primer gobierno socialista después de cuatro décadas de dictadura.

El rediseño de la economía española fue conjugado con la europeización. González compensó una brutal política de desindustrialización de la economía negociando en paralelo la adjudicación de los fondos europeos como resultado de la inclusión de España en la Comunidad Económica Europea. Sin muchas ideas alternativas, el gobierno del PSOE favoreció el retorno de la política económica del primer franquismo para explotar las «ventajas comparativas» de España —es decir, el turismo y el sector inmobiliario—. En un primer momento, el flujo de los fondos europeos financió la infraestructura que permitió el boom del mercado inmobiliario a lo largo de la geografía española. La entrada de España a la CEE en 1986 desató un periodo de euforia que convirtió a su sector inmobiliario en uno de los más rentables del planeta, con la bolsa de Madrid ofreciendo ganancias del 200% entre 1986 y 1989 (López & Rodríguez, 2010, pág. 8). De esta

forma, la democratización, la europeización y la desindustrialización son tres aspectos mutuamente relacionados que desembocaron en el mismo arreglo histórico: el «régimen del '78».

La cara menos brillante de la transformación del Estado español bajo el gobierno de González fue la desregulación del mercado de trabajo que llevó la temporalidad hasta el 30% (Rendueles & Sola, 2015, pág. 32). Con el ascenso de la Comisión Europea, el gobierno español volvió a dar una prueba de europeísmo cuando promovió un nuevo ajuste estructural para cumplir con los criterios de convergencia de Maastricht, pero recibiendo como contrapartida una porción importante de los «fondos de cohesión» de la Unión Europea (Ruiz Jimenez & Egea de Haro, 2011, pág. 113). El consenso social del gobierno de González comenzó a degradarse tal rápido como la situación laboral, enfrentándose a manifestaciones de oposición popular como la enorme huelga general de 1988 –la más exitosa de la historia española– y la quema de la Asamblea Regional de Cartagena en 1992. Aun así, el modelo de una España integrada a Europa a través del turismo y el negocio inmobiliario no opositores dentro de las élites políticas. Inclusive el Partido Comunista de España (PCE), como señalan Ruiz Jiménez y Egea de Haro (2011), adoptó una posición mucho menos crítica del europeísmo que sus partidos análogos en Grecia y Portugal (pág. 113). El PSOE comenzó así un proceso de retracción política que le hizo, primero, perder su mayoría absoluta en las elecciones de 1993 y, luego, ser derrotado por el Partido Popular (PP) en las elecciones europeas de 1994, en medio de varios escándalos de corrupción. En 1996, el PP de José María Aznar ganó las elecciones y logró desalojar a los socialistas de la Moncloa.

El cambio de gobierno no significó una transformación del rumbo macroeconómico sino más bien todo lo contrario: como señalan López y Rodríguez (2010), el marco creado por el Tratado de Maastricht y la introducción del euro permitieron el reposicionamiento financiero de la economía española, reafirmando al sector inmobiliario como el corazón del desarrollo (López

& Rodríguez, 2010, pág. 9). El PP garantizó un andamiaje legal para la expansión del negocio inmobiliario cuando en 1998 aprobó la «Ley de Suelo», que aceleró la obtención de las licencias de obra y desgravó la compra de viviendas. Entre 1997 y 2007 el precio de la vivienda subió un 12% anual, lo que garantizó una expansión del crédito en los hogares que impulsó la demanda agregada mediante el consumo de masas. En un país donde más del 80% de las familias son propietarias de su vivienda (OECD, 2021), la burbuja inmobiliaria hizo que mientras creció el endeudamiento de las familias, también lo hiciera su riqueza gracias al espectacular aumento del precio de la vivienda. Las economías del norte de la eurozona participaron del negocio inmobiliario invirtiendo más de 7 mil millones de euros anuales, así como también insertando sus excedentes de producción en España gracias a la expansión del consumo interno (López & Rodríguez, 2010).

El PP y el PSOE borraron sus diferencias ideológicas coordinando las políticas necesarias para la expansión del negocio inmobiliario en todos los gobiernos regionales. En ese consenso, la abrupta caída de Aznar no fue sino producto de su propia impericia política cuando llevó a España a la invasión a Irak, cuyo aventurismo belicista despertó un movimiento popular contrario a la guerra que movilizó a más de tres millones y medio de personas solo entre Madrid y Barcelona. En 2004, cuatro días antes de las elecciones parlamentarias, la organización terrorista Al-Qaeda asesinó a 193 personas en una serie de atentados en Madrid en el segundo mayor atentado cometido en suelo europeo. Aznar fue visto como el responsable de la masacre y perdió las elecciones frente al PSOE que, liderado por José Luis Rodríguez Zapatero, alcanzó una mayoría absoluta.

Cuando Zapatero asumió España estaba sólidamente integrada a la Unión Europea y su modelo económico estaba, en buena medida, fuera de discusión. Como señala Sánchez-Cuena (2014), el primer gobierno de Zapatero mostró un claro avance en la expansión de los derechos cívicos (pág. 101), sin cuestionar el modelo de desarrollo español. En 2006, se iniciaron cerca de

900 mil viviendas en España –más que en Alemania, Francia e Italia juntas–, pero las ventas comenzaron a caer. La burbuja había comenzado a romperse. En 2008, ya había más de un millón de viviendas sin vender, mientras que las deudas de las familias alcanzaban más del 80% del PBI (López & Rodríguez, 2010, pág. 19). En 2009, el desempleo alcanzó el 20% y arrastró no solo a la construcción sino también a la industria del consumo y el sector de los servicios gracias a las políticas de flexibilización que permitieron una ola de despidos masivos. Ese año la economía cayó un 7,7%, y las cuentas fiscales implosionaron con un déficit de 11%. El modelo español, diseñado durante en la fase póstuma del franquismo y protegido por la inyección constante de los capitales europeos, mostró su cara más cruel cuando desnudó la fragilidad de una sociedad altamente endeudada, con servicios públicos deficientes y una generación de jóvenes que solo conocía el empleo precario.

A diferencia de Grecia y Portugal, España encendió todas las alarmas posibles en la Unión Europea. Con 45 millones de habitantes, la economía española era casi siete veces más grande que la portuguesa y seis veces más grande que la griega. Si España solicitaba un rescate para financiar su sistema bancario quebrado por la explosión de la deuda privada, las economías del núcleo dejarían sus propios sistemas financieros al descubierto. Ante la presión del Eurogrupo, Zapatero anunció un paquete de consolidación fiscal por 15.000 millones de euros en «sectores de incidencia social evidente», el mayor ajuste de la historia económica española hasta el momento (Romero, 2010). Las élites políticas terminaron de cerrar filas para salvar los restos del modelo español cuando en 2011 el PSOE y el PP pactaron una reforma constitucional en la que consagraron el pago de la deuda pública y el concepto de «estabilidad presupuestaria» por encima de cualquier otro gasto del Estado. Así, sin un memorando con la Troika, España entró en su versión particular

del «Estado de Consolidación» caracterizado por la convergencia ideológica de los principales partidos del régimen que introdujeron una salvaguarda constitucional para la austeridad.

2. El 15M: el llamado a la «indignación» contra el régimen del '78

Todo indicaba que el gobierno de PSOE sería duramente castigado en las elecciones locales del 22 de mayo de 2011. La adopción de la austeridad había desangelado al propio Zapatero, que ya había anunciado que no volvería a ser candidato en las elecciones generales programadas para abril de 2012. Repitiendo la lógica de la competencia política desde la transición, el PP se encaminaba a reemplazar al PSOE en una nueva rotación de élites en el poder, conocida como el «*turnismo*», sin ninguna discusión estructural sobre el modelo económico y social del Estado español.

Pero el 15 de mayo una convocatoria realizada por un grupo de pequeñas organizaciones de la izquierda alternativa agrupadas en la plataforma «Democracia Real Ya» y «Juventud sin Futuro» desembocó en una primera muestra masiva de descontento popular contra las élites en la periferia de la eurozona (Kioupkiolis & Katsambekis, 2018, pág. 205). La manifestación central en Puerta del Sol no fue excepcionalmente masiva –alrededor de 20 mil personas–, pero su novedad residió en la voluntad de un grupo de manifestantes que decidió sostener la ocupación del espacio público mediante un acampe. Al otro día, replicando el ejemplo madrileño, las plazas de las 50 ciudades más importantes de España se encontraban «ocupadas» y reconvertidas en «asambleas ciudadanas». Inició así el «15M»: un movimiento social interclasista y transgeneracional único en la historia de la democracia española que, como lo definió Juan Carlos Monedero (2020), logró unir diferentes grupos sociales afectados tanto por el modelo económico español como por la gestión general de la crisis de la eurozona mediante la austeridad (Monedero, 2020, pág. 9). El 15M reveló una fractura de la sociedad española: mientras las plazas se mantenían

ocupadas por miles de personas que reclamaban por la falta de representatividad de la democracia, la élite política española se mantuvo al margen. Que la forma de ocupación de los espacios haya sido replicada en el resto de la periferia de la eurozona –y también más allá– nos muestra que tanto el descontento general frente a la imposición de la austeridad como la valoración negativa de las opciones políticas que ofrecían las democracias «europeizadas» eran sentimientos que se extendían mucho más allá de la geografía del Estado español.

Si bien la ocupación de Puerta del Sol fue desalojada 28 días después, su legado fue haber puesto en marcha un ciclo profundo de movilización social. Dos días después del final del acampe, una movilización espontánea logró frenar un desahucio en Madrid. Ese mismo día, el Parlamento catalán fue rodeado por manifestantes que se oponían a la aprobación del presupuesto de la Generalitat que incluía más recortes y privatizaciones. El movimiento del 15M desató una enorme energía contenida contra la austeridad que se tradujo, primero, en la proliferación de una serie variopinta de plataformas políticas que, posteriormente, se unieron en las «mareas ciudadanas» contra la austeridad, las privatizaciones y en defensa de los servicios públicos.

El 15M, como rotuló Antentas (2017), inició una crisis de régimen dentro del Estado español, aunque con efectos no esperados. De forma paradójica, el 15M no logró ningún objetivo palpable de su propia agenda de demandas durante el periodo más fervoroso de movilización social, entre mayo de 2010 y marzo de 2014. Aun así, el 15M sí mostró el agotamiento social de uno de los pilares fundamentales del régimen del '78: el bipartidismo. En las dos elecciones de 2011, las locales de mayo y las generales de noviembre, el PSOE se hundió a su mínima expresión en la historia democrática española, cayendo por debajo del 30% de los votos. Este golpe temprano al ala izquierda del bipartidismo también nos ayuda a clarificar el tono ideológico del 15M, como

así nos permite matizar las interpretaciones que lo presentaron como un «movimiento social de gran espectro ideológico» (Minguijón Pablo & Pac Salas, 2013).

La pregunta es, entonces, por qué la indignación no se tradujo en las urnas con votos hacia una opción radical. Izquierda Unida, el partido más consolidado a la izquierda del PSOE, obtuvo una mejoría en las elecciones de 2011 pero se mostró incapaz de funcionar como el catalizador político del movimiento social de oposición a la austeridad. Esto fue producto tanto del escepticismo con el que buena parte de la izquierda observó a los «indignados» (Rendueles & Sola, 2015, pág. 34), como de la desconfianza con la que esta nueva generación de jóvenes veía a la izquierda parlamentaria: un elemento más del régimen del '78 del que solo conocían su peor cara. Esta relación de desconfianza mutua impidió la alianza de la «vieja izquierda» con «los nuevos movimientos sociales». El aumento del abstencionismo electoral, de un 5% con respecto a las generales de 2008, también es una muestra de la revuelta institucional generada por el «15M».

En segundo lugar, la crisis de régimen abierta por el 15M permitió la emergencia de un nuevo movimiento de masas: el independentismo catalán. El primer movimiento social que consiguió una victoria política desde la irrupción del 15M cuando, después de movilizar a más de dos millones de personas en el 2012, consiguió que el parlamento catalán aprobara la convocatoria de un referéndum de autodeterminación. La emergencia del independentismo catalán nos relata acerca de la cantidad de procesos de politización disímiles que desató el movimiento del 15M, mostrando como una revuelta contra la austeridad desató, al mismo tiempo, una crisis política, social y territorial.

Por otra parte, el objeto de las críticas de quienes protagonizaron el 15M fue la clase política española y no las instituciones europeas (Real-Dato & Sojka, 2020, pág. 9). Aun así, la réplica automática en el resto de los países de la eurozona, principalmente Grecia, Portugal e Irlanda, nos

dice que el 15M sí logró captar un sentimiento general de rechazo a las élites políticas, en particular por la forma en la que se gestionó la crisis, indisociable con la proyección continental de la austeridad impulsada por las instituciones europeas. El 15M se convirtió en un fenómeno europeo que cuestionó los resultados políticos, sociales y económicos producidos por tres décadas de «europeización». La amplitud del rechazo al estado de las cosas mostró que el descontento atravesaba generaciones, como así también grupos sociales diferencialmente afectados no solo por el estallido de la crisis sino por los procesos de convergencia de las economías nacionales a los estándares europeos.

El movimiento del 15M estuvo compuesto tanto por personas previamente politizada en experiencias diversas de los nuevos movimientos sociales, como por jóvenes, hijos de las clases medias en decadencia, que se politizaron por primera vez. Estas «dos almas» del movimiento, una «anticapitalista» y la otra «ciudadanista» (Taibo, 2012, págs. 155-156), coincidieron en la identificación de los partidos de gobierno del régimen como los principales responsables del declive sostenido en sus niveles de vida, mientras los aspectos más profundos acerca de las condicionalidades impuestas por los mecanismos de la gobernanza europea fueron dejados de lado. Además, que el gobierno español haya solicitado un «préstamo» y no un «rescate» generó una relación más difusa entre la Troika y la implementación de la austeridad (Gómez-Reino Cachafeiro & Plaza-Colodro, 2018, pág. 11). Por último, haber sido principalmente un movimiento masivo de oposición a la austeridad le quitó al 15M el problema de definir una alternativa clara al régimen del '78 que problematizara la relación del Estado español con la UE. Esta dualidad social presente dentro del movimiento fue arrastrada cuando buena parte de quienes ocuparon Puerta del Sol intentaron traducir lo que empezó el 15 de mayo de 2011 en algo más que indignación.

3. Podemos: de la indignación al «asalto a los cielos»

Después de que un quinto de la población del Estado español participara de las asambleas en las plazas ocupadas durante el 15M (Stobart, 2016, pág. 176), el ciclo de movilización social parecía haber encontrado un *impasse* desde enero de 2013 (Agustín García & Briziarelli, 2018). En efecto, después de tres años de presencia en las calles, el movimiento social más masivo y plural de la historia reciente de España no tenía ninguna victoria de la cual alimentarse. En noviembre del 2011, Mariano Rajoy, líder del PP, había logrado aprovechar el derrumbe del PSOE para convertirse en presidente mediante una mayoría abrumadora. Aun así, su legislatura no fue para nada tranquila: el 30 de diciembre, Rajoy incumplió su propio programa de campaña y anunció un extenso paquete de austeridad recortando el gasto público en unos 8.900 millones de euros. En abril de 2012, el gobierno del PP anunció otro recorte de 10.000 millones de euros solamente dentro de las áreas de salud y educación. En julio del mismo año, Rajoy anunció otro paquete de ajuste que recortó las prestaciones por desempleo –que sobrepasaba el 25%–, el salario de los empleados públicos y una nueva subida general de impuestos (Fabra & Guede, 2012). La administración del PP, respondió que las medidas «no gustan, pero es lo que hay que hacer (...) no tenemos alternativa» (Europapress, 2012). Aun así, el ajuste de las cuentas fiscales no fue su medida más impopular. Rajoy anunció un rescate al sistema bancario y un proyecto de reforma laboral que recortó los derechos colectivos y flexibilizó las condiciones de empleo, lo que desató nuevas movilizaciones masivas en todas las Comunidades Autónomas. La austeridad comenzó a salir cara al PP cuando, a pesar de lo que se esperaba según las encuestas, no consiguió el objetivo de desbancar al PSOE del gobierno autonómico de Andalucía.

Sin poder forzar a un cambio de rumbo y con la austeridad implementándose a gran escala, el movimiento del 15M enfrentó un problema existencial. Ante el desafío, un grupo de activistas

decidieron ensayar un paso al frente. El 15 de enero de 2014, un grupo diverso de intelectuales y representantes de la cultura comenzaron a circular un manifiesto titulado *Mover Ficha: Convertir la indignación en cambio político*. Escrito colaborativamente por una treintena de personas, el manifiesto denunció un «golpe de estado financiero contra los pueblos del sur de Europa» y proponían construir una candidatura que «se ofrezca a la ola de indignación popular que asombró al mundo» para las elecciones europeas de mayo. Si en las calles y plazas se decía «Sí se puede», las y los firmantes del manifiesto pretendían responder: «sí, podemos».

Dos días después, en el Teatro del Barrio de Lavapiés, Pablo Iglesias, un profesor de ciencia política de la Universidad Complutense de Madrid que obtuvo algo de conocimiento social por su participación recurrente en programas de debate político; Juan Carlos Monedero, politólogo y ex asesor Gaspar Llamazares cuando éste fue coordinador de Izquierda Unida; Ana Castaño Romero, psiquiatra y activista de la Marea Blanca en defensa de la sanidad; Íñigo Errejón, profesor de ciencia política en la Universidad Complutense de Madrid y miembro de un think-tank de estudios sobre la izquierda latinoamericana; y Teresa Rodríguez y Miguel Urbán, miembros de un pequeño partido político radical escindido de IU llamado Izquierda Anticapitalista; presentaron a Podemos: una plataforma abierta de participación ciudadana.

Con menos de cuatro meses de existencia, Podemos cosechó 1.245.948 votos, un 7% de los votos. A pesar que quedó por debajo de Izquierda Unida, que tuvo un desempeño remarcable con poco más del 10% de los votos, Podemos llevó el 15M a las instituciones políticas con un programa político más radical que IU, en el que se proponía la recuperación del control público de los sectores estratégicos, una auditoría de la deuda externa, una renta básica universal y, principalmente, la apertura de un proceso constituyente que pusiera fin al «Régimen del '78». Esta pretensión se vio correspondida en las elecciones ya que por fuera del buen rendimiento de

Podemos en su presentación electoral, las europeas de 2014 fueron la primera elección en la que el bipartidismo tambaleó: la suma de votos del PSOE y del PP no alcanzó el 50%. Ocho días después, en un nuevo terremoto para el régimen, el Rey Juan Carlos I anunció su dimisión al trono para «dar paso a una nueva generación que reclama el papel protagonista» (El País, 2014). La institución de la Monarquía no pudo ser ajena a la crisis del régimen.

La formación de Podemos estuvo marcada por dos tensiones centrales que condicionaron su propio devenir: la primera respecto a su forma de organización, y la segunda en su construcción discursiva. Ambos aspectos arrastraron las propias contradicciones del 15M. En cuanto a su organización, Podemos nació como un experimento de autoorganización popular: apenas fue presentado, Podemos se organizó en una serie de pequeñas unidades horizontales de debates en las que se discutió el programa electoral y también la composición de las listas. Estas unidades, «los círculos», fueron un desafío a las estructuras centralistas clásicas de los partidos de izquierda. En Podemos, los círculos fueron dotados de soberanía decisonal dentro de su espacio territorial. Es sencillo interpretar que la adopción de este modelo de organización fue también ideológicamente diseñada observando la relación de la izquierda con los nacionalismos periféricos dentro del Estado español, es decir, proponiendo un modelo de gestión común, pero sin imposiciones por sobre los territorios. Para fines de 2014, funcionaban más de 900 círculos dentro de Podemos a lo largo del Estado español (López de Miguel, 2014). La constitución de Podemos en tanto «un partido de círculos» ha sido entendida no solo como un fiel reflejo del espíritu del 15M, sino como una segunda revolución democrática que implicó el traslado de la movilización de masas a una nueva forma de representación política (Stobart, 2016, pág. 181). Pero, por otro lado, Podemos también intentó dar una respuesta a la falta de capacidad del movimiento para conseguir transformaciones reales. Podemos había sido construido también en torno al liderazgo de Iglesias, maximizando la

popularidad de su figura dentro de los ámbitos progresistas. El resultado de las elecciones europeas, leído como un triunfo por la conducción de Podemos, reforzó la idea que era el momento para cambiar el énfasis de la democracia de base hacia la batalla electoral (de Nadal, 2021, pág. 8). La fórmula que Iglesias y Errejón diseñaron para unificar a Podemos en su conducción, pero sin renunciar a los métodos democráticos, fue mediante la adopción de un modelo plebiscitario que, si bien permitía la confrontación de modelos e ideas alternativas, dejaba bien en claro cuáles eran las preferencias de sus principales referentes. Podemos aprobó su estructura organizativa durante la primer «Asamblea Ciudadana» que se llevó adelante a lo largo del otoño del 2014. En un sistema de votación online, los adherentes y activistas de Podemos debieron votar una serie de opciones en donde se explicitaba cuál era la que apoyaban Iglesias y Errejón. El resultado final fue un «giro verticalista» dentro de Podemos (Kioupkiolis, 2016), donde se escogió un modelo habitual de partido donde un secretario general, lugar ocupado por Iglesias, concentró los poderes para formular la línea programática, haciendo muy dificultosa la oposición a la línea política del líder del partido. El grupo de los Anticapitalistas, quienes tenían un peso mucho más sustantivo dentro de los círculos, a través de la proclama de «todo el poder a los círculos» (Urbán, 2014) buscaron un modelo alternativo que comprendía de un liderazgo tripartito y rotativo, pero fueron políticamente neutralizados. El modelo de organización final, caracterizado por Monedero como «leninismo amable» (Elorza, 2015), fue una reversión del centralismo democrático con una constante dimensión plebiscitaria. No se abolieron las formas más horizontales de participación que continuaron funcionando de hecho, pero sí perdieron su influencia alejando varios de los activistas más radicales que se habían entusiasmado con el primer experimento contemporáneo de democracia horizontal radical. También, por otro lado, la decisión del liderazgo de Podemos de verticalizar el partido puede ser leída como una estrategia para cohesionar a una estructura de

participación que, por su propia masividad no esperada por ninguno de sus fundadores, devino en caótica inclusive en términos de la dispersión ideológica de sus participantes.

La segunda particularidad de Podemos es lo extenso del debate en torno a la estrategia discursiva. Cuando la idea de poner en marcha un nuevo partido político fue llevada a Pablo Iglesias y a su círculo por Izquierda Anticapitalista, ambos coincidieron en que España se encontraba en una crisis orgánica de tal magnitud que las ideologías políticas previas habían entrado en un proceso de descomposición. En un escenario así, era posible intentar cuestionar el clivaje entre izquierda y derecha para llevar adelante otro tipo de estrategia que confrontara «a los de arriba» contra «los de abajo», entendiendo que para alcanzar una transformación real (o una mayoría absoluta en el parlamento) no era suficiente capturar los votos disconformes de la socialdemocracia. Esta era la «hipótesis populista» (Errejón & Mouffe, 2016) bajo la que Podemos intentó convertirse en el principal partido político del Estado español. La hipótesis populista de Podemos generó una serie de productos discursivos cuyo núcleo central fue la construcción de una nueva frontera social resumida por Iglesias como «un nuevo antagonismo en la política española de ‘la gente’ contra ‘la casta’» (Iglesias & Rivero, 2015, pág. 19). Este discurso, clave durante los primeros meses de vida de Podemos, fue complementado por otros dos. El primero, fue la oposición entre la «nueva política», es decir Podemos, y la «vieja política», en la que se agrupaban todos los partidos del régimen del '78, desde el PP hasta IU. Segundo, Podemos también ensayó un «nuevo patriotismo», ofreciendo una relectura de la historia española en clave progresista vinculando la rebelión de 1808, la segunda república, la resistencia antifranquista y el 15M (Bassets, 2015, pág. 112), en un intento de disputarle al conservadurismo españolista los conceptos transversales en términos de clase social de «patria» y «soberanía».

La adopción de la hipótesis populista no tardó en encontrar problemas de anclaje para cada uno de sus elementos discursivos. Primero, la necesidad de Podemos de presentarse como una fuerza ideológicamente versátil llevó a sus líderes a oscilar entre la atracción de los votantes de IU y los abstencionistas de izquierda –prometiéndole la mayor de las rupturas posibles– y la atracción del voto socialdemócrata –moderando las posturas hasta un reformismo más bien tímido–. Iglesias había prometido la nacionalización de la banca y los servicios públicos, la auditoría de la deuda externa y una renta universal, pero pocos meses después esas mismas medidas comenzarían a ser dejadas de lado (Manetto, 2015). De esta manera, la crítica más dura hacia las instituciones de la transición y a las instituciones europeas, se transformó paulatinamente en un problema de administración donde un grupo de elites corruptas habían pervertido los mecanismos del estado de bienestar. La tarea entonces constaba simplemente en recuperar esos instrumentos y volver a ponerlos del lado de la gente (Franzé, 2017, pág. 232). Esta ambigüedad programática no permitió que Podemos terminase de conquistar a los votantes de la izquierda clásica (Zarzalejos, 2016, pág. 190). En segundo lugar, la proyección de Ciudadanos en tanto partido nacional, que había logrado medio millón de votos en las europeas de 2014, desafió el escenario de disputa propuesto entre la nueva y la vieja política propuesto por Podemos (Cordero & Montero, 2015, pág. 374). El efecto más certero de Ciudadanos fue, como señaló Antentas (2017, pág. 14) bloquear de la inserción de captura de Podemos entre los jóvenes menos politizados y con simpatías ideológicas del centro hacia la derecha. En comparación de Podemos, más circunscripto desde el comienzo como un partido principalmente de izquierdas, Ciudadanos logró ganar popularidad presentándose como un fenómeno transversal al PSOE y al PP (Teruel & Barrio, 2015, pág. 12). Por último, el proyecto de construir un «nuevo patriotismo» chocó de lleno con el soberanismo catalán, como también con el resto de las izquierdas periféricas que desconfían de cualquier elemento ligado a la

«españolidad». La posición ambigua de Podemos frente al conflicto territorial catalán hizo que los activistas de la izquierda independentista terminaran por agrupar a Podemos junto al PP y el PSOE bajo el rótulo de «la casta unitaria» (Bassets, 2015, pág. 117).

Aun así, Podemos había evolucionado frente a la sociedad española: del 7% de las elecciones europeas, a fines del 2014 se situó en las encuestas como el partido con más intención de voto a escala nacional, al igual que SYRIZA en Grecia. El desafío era, por otra parte, enfrentar a un vertiginoso ciclo electoral de 2015 que comprendía de la realización de elecciones al Parlamento de Andalucía en abril, regionales y municipales en mayo, catalanas en noviembre y generales en diciembre, un enorme desafío para un partido recién nacido.

Las elecciones andaluzas, el primer test electoral en abril de 2015, abrieron la primera crisis importante dentro de Podemos. La región autónoma de Andalucía era gobernada desde 2012 por un gobierno de coalición entre el PSOE e IU, en tanto último recurso de los primeros para permanecer al frente del gobierno regional después de su derrumbe electoral. Podemos, que esperaba superar el 20% de los votos, quedó por debajo del 15% lo que planteó serias dudas acerca de la pertinencia de la estrategia para ampliar sus apoyos mediante la moderación de su programa. Los resultados de Andalucía mostraron que el bipartidismo iba a intentar resistir su colapso final. Un mes después el «número tres» del partido, Juan Carlos Monedero, presentó su renuncia a la dirección del Podemos denunciando la moderación ideológica del partido.

Pero por fuera de las andaluzas, el primer gran test electoral para el sistema político español ocurrió en mayo con las elecciones municipales. Podemos, sin la capacidad organizativa de afrontar una campaña a gran escala ni de postular cientos de candidatos a concejales a lo largo de todo el Estado, decidió no presentarse a las elecciones de forma directa. En cambio, Podemos se convirtió en el articulador de candidaturas de «unidad popular» mediante la adopción de una

política de confluencia entre las fuerzas menores de las izquierdas regionales y representantes de los movimientos sociales.

El resultado de las municipales tuvo dos caras para Podemos. A pesar de que puede ser leído como un éxito rotundo, también se requiere agregarle un manto de ambigüedad. Por un lado, las listas de unidad popular lograron ganar las elecciones en Barcelona, A Coruña y Santiago de Compostela, mientras que lograron convertirse en la fuerza de izquierda mayoritaria en Madrid, Zaragoza, Oviedo, Badalona, Cádiz y Ferrol, llegando en todos los casos al gobierno de los ayuntamientos. El PP, por su parte, si bien logró mantenerse como el partido más votado, sufrió un derrumbe electoral categórico con respecto a 2011 que le costó sus tres bastiones municipales: Madrid, por la izquierda transversal, Valencia, por la izquierda regional, y Sevilla, a manos del PSOE. Este último partido también sufrió un duro golpe que continuó con su proceso de declive progresivo, perdiendo posiciones en la mayoría de las grandes ciudades, y cosechando su peor elección local desde 1978. Todos estos resultados, como han apuntado Rondon y Hierro (2016, pág. 15), confirmaron que el bipartidismo se encontraba finalmente en ruinas, gracias a un golpe asestado por la voluntad de cambio del electorado joven que eligió alternativas tanto a la izquierda –mediante las confluencias o las izquierdas regionales–, como por derecha –con la inserción de Ciudadanos en buena parte de las Comunidades Autónomas–. Pero, por otro lado, también empezó a quedar en claro que el final del bipartidismo podía no significar la desarticulación total de las identidades políticas, algo que cerraba las posibilidades de Podemos para convertirse en un partido *catch-all*. La participación electoral no fue más alta que en 2011 (Rodon & Hierro, 2016, pág. 7) moderando la idea de que España se encontraba en un estado de ebullición política irrefrenable. Por último, el énfasis que la dirección de Podemos puso sobre la necesidad de una victoria rápida opacó parte del buen resultado en las municipales, donde el PP –a pesar de todo– siguió siendo el

partido más votado, complementado por un PSOE que resistía su «pasokización». La pregunta que se planteó después de las municipales fue qué perspectivas de triunfo tenía realmente Podemos si el PSOE no terminaba de descomponerse.

Las elecciones catalanas de septiembre sumaron una nueva dificultad, mostrando que el clivaje entre independentistas y anti independentistas era lo suficientemente poderoso como para neutralizar a cualquier tipo de iniciativa «populista», como también a la discusión entre la nueva y la vieja política. La plataforma impulsada por Podemos en Cataluña, que intentó replicar el éxito alcanzado en Barcelona, fracasó estrepitosamente en una elección que fue desde un primer momento presentada como un referéndum sobre la independencia (Martía & Cetràb, 2016).

En suma, Podemos llegó a las elecciones generales de diciembre de 2015 no en la mejor de las situaciones imaginables. Lejos del primer lugar en las encuestas, la situación parecía haber cambiado tanto dentro como fuera del Estado español. Rajoy, encaró su campaña anunciando que «la crisis ya era historia» (Cué, 2014) como producto de un leve crecimiento del PBI y del consumo de las familias. Fuera de España, Podemos sufrió del desenlace de los acontecimientos en Grecia. La derrota de SYRIZA frente a la Troika abrió un debate interno en Podemos: mientras que Iglesias y Errejón se mantuvieron acrílicos frente a Tsipras, los miembros de Izquierda Anticapitalista pidieron la convocatoria a un congreso para replantear la estrategia europea del partido (Velasco, 2015), algo que no ocurrió. Monedero, por su parte, catalogó al acuerdo griego como «un delito de terrorismo» que debía ser leído como una «advertencia para Podemos» (La Voz de Galicia, 2015). Tanto el PP, el PSOE y Ciudadanos aprovecharon la oportunidad para apuntar sobre Iglesias y Podemos. Andrea Levy Soler, encargada del programa político del PP para las elecciones, dijo que «había que tener cuidado con los amigos de Tsipras en España» (Carvajal, 2015). Antonio

Hernando, portavoz del PSOE en el Congreso, remarcó Grecia demostró que «los populismos no llevan a ningún lado» (Carvajal, 2015).

Finalmente, el resultado de las elecciones generales de diciembre confirmó la tendencia del de los distintos capítulos del ciclo electoral de 2015: el bipartidismo efectivamente se hundió (Vidal, 2017, pág. 2), pero el PP y el PSOE lograron salvar sus posiciones como los principales partidos del sistema político. El primero, encabezado por Rajoy, ganó la elección con el 28,7% de los votos, mientras que el segundo obtuvo el 22% bajo el liderazgo de Pedro Sánchez, en una apuesta de renovación generacional para reconquistar a los votantes socialistas. Podemos alcanzó un sorprendente 20%, ganando la elección en Catalunya y Euskadi, y consiguiendo el segundo lugar en Madrid, el País Valenciano, Galicia, Baleares, Canarias y Navarra. Aun así, no pudo ahorrarse la decepción de no haber logrado superar al PSOE para entrar en un ciclo de confrontación directa con el PP. La dirección de Podemos presentó los resultados como la muerte del *turnismo* y la apertura de un «empate catastrófico» o «cerco mutuo» entre las fuerzas de cambio y las fuerzas inmovilistas (Errejón Í. , 2016). Ciudadanos, por su parte, tuvo un desempeño bastante por debajo de lo esperado mostrándose principalmente como un catalizador para los votantes menos politizados disconformes tanto con el PP como por el PSOE. El escenario resultante fue el del primer bloqueo institucional desde la transición (Medina & Correa, 2016) producto del fracaso de todas las tentativas de coalición posibles. La propuesta de Rajoy, de un gobierno de coalición entre el PP, el PSOE y Ciudadanos, fue rechazada por Sánchez. La propuesta de Podemos, de un gobierno de coalición presidido por el PSOE con Iglesias como vicepresidente e incorporando a las izquierdas regionales, fue rechazada también por Sánchez. Por último, la propuesta del PSOE, de un gobierno de coalición junto a Ciudadanos y Podemos, fue rechazada por Iglesias. Después de meses de negociaciones fallidas, Sánchez intentó conseguir su investidura, pero el voto negativo

de Podemos lo impidió. Ante la imposibilidad de que se formara un nuevo gobierno, se convocaron nuevas elecciones para el 26 de junio de 2016.

4. Unidos Podemos: transversalidad, ruptura y llegada a la Moncloa

Para las nuevas elecciones, Podemos ensayó una serie de movimientos estratégicos con el sencillo objetivo de conseguir los votos que le faltaron en diciembre de 2015 para superar al PSOE. Matemáticamente, los votos a la izquierda del PSOE que no estaban en Podemos estaban dentro de Izquierda Unida, que había logrado alrededor de 900 mil adhesiones. En la búsqueda de conseguir el *sorpasso* al PSOE, Podemos anunció la concreción de acuerdo IU para presentarse juntos a la repetición electoral bajo el rótulo de Unidos Podemos (UP). Apuntalado su sector izquierdo, Podemos emprendió un giro discursivo en la búsqueda de atraer también a algunos votantes del PSOE, moderando visceralmente su discurso. Durante la campaña, Iglesias llamó a Zapatero «el mejor presidente de la democracia española» (Manetto, 2016) y convocó al PSOE a construir una «cuarta socialdemocracia» para «aplicar políticas distributivas en el marco de la economía de mercado» (Iglesias, 2016). El resultado de este doble movimiento de Podemos no fue el esperado. UP tuvo un peor rendimiento que la suma por separado de ambos partidos de la coalición en la elección anterior, como resultado de la abstención de los votantes más radicalizados de IU. Esto puso de manifiesto que el acuerdo electoral fue un pacto de dirigentes y no una confluencia entre las bases (Zarzalejos, 2016). El PSOE tuvo también una baja marginal del voto, pero no lo suficiente para perder el segundo lugar. Nuevamente, las elecciones fueron ganadas por el PP, aunque todavía lejos de una mayoría absoluta. A pesar de un nuevo escenario de bloqueo, una rebelión interna en el PSOE desalojó de la secretaria general a Sánchez e instaló a una dirigencia interina del ala más moderada del partido que permitió, mediante su abstención, la

investidura de Rajoy. La nueva dirigencia del PSOE interpretó que una tercera repetición electoral podía llevar al socialismo a un desbarranco electoral sin precedentes. trescientos días después, España volvió a tener un gobierno, otra vez encabezado por Mariano Rajoy.

La formación de un nuevo gobierno del PP abrió una grieta en Podemos e hizo explícito un enfrentamiento entre Iglesias y Errejón. La forma de resolver el conflicto fue mediante los mecanismos institucionales con los que ambos habían logrado neutralizar a los Anticapitalistas en 2014: una serie de plebiscitos online enmarcados en una segunda «Asamblea Ciudadana». Errejón, en su desafío al liderazgo de Iglesias, reveló que el rechazo a la propuesta de Sánchez no había sido una postura unánime en Podemos. En el documento político de su facción, Errejón llamó a construir una «relación inteligente con el PSOE» (Errejón et al., 2017, pág. 9) enunciando además que frente al nuevo gobierno de PP una política transversal de «unidad del pueblo» sería mucho más efectiva que la pretendida «unidad de izquierdas» (Errejón et al., 2017, pág. 14). Volviendo sobre sus propios pasos, Errejón también presentó un proyecto de reforma organizativa, en la que buscó recortar los poderes de la secretaría general del partido, y reemplazar los métodos plebiscitarios por otros que den lugar a representaciones más proporcionales (Maestre et al., 2017). El resultado de la elección interna fue una aplastante victoria de Iglesias, quien reforzó su liderazgo y marginalizó al grupo de Errejón, quien terminó por alejarse de Podemos poco tiempo después. Iglesias reforzó el perfil de Podemos ligándolo a la izquierda clásica, en la búsqueda de estabilizar su base de votantes y consolidando la alianza con IU (Real-Dato & Sojka, 2020, pág. 19).

Podemos se enfrentó a un panorama distinto que en 2014. El nuevo gobierno de Rajoy, al igual que en el caso portugués, disfrutó de una contención parcial de la crisis económica producida por la afluencia de fondos europeos como producto de la nueva estrategia del BCE de compra directa de bonos de deuda, complementada por los bajos precios del petróleo y la redirección del

turismo mediterráneo (Lancaster, 2017, pág. 4). Si el bien el crecimiento económico no tuvo un correlato en los salarios (Diez, 2018) aun así España había logrado cierto aire de normalidad. No obstante, la legislatura de Rajoy apenas duró 18 meses. Si la crisis económica había menguado, la crisis territorial no hizo más que profundizarse.

El primero de octubre de 2017 se realizó el referéndum de independencia en Catalunya sin el aval del gobierno central y con la prohibición expresa del Tribunal Constitucional. Rajoy respondió con una jornada de represión que se ganó el rechazo de la comunidad internacional y un llamado de atención de parte de la canciller alemana Angela Merkel. Como respuesta, el parlamento catalán declaró la independencia de Catalunya el 27 de octubre. Rajoy, entonces, reaccionó utilizando las facultades de la constitución española para acusar de sedición al gobierno de la Generalitat y encarcelar a sus miembros sin fianza. En diciembre, el gobierno central convocó a nuevas elecciones en Catalunya, pero otra vez los partidos independentistas consiguieron una nueva mayoría. La cuestión catalana se convirtió en el principal asunto público del Estado español.

Luego de la crisis territorial, el golpe final al gobierno de Rajoy ocurrió siete meses después, en mayo de 2018, cuando la Audiencia Nacional condenó institucionalmente al PP por la red de financiamiento ilegal, fraudes, sobornos y lavado de dinero conocida como la *Trama Gürtel*, en una sentencia que cuestionó la credibilidad del testimonio de Rajoy como testigo. El PSOE, nuevamente encabezado por Sánchez –quien recuperó su lugar mediante nuevas elecciones internas– aprovechó la oportunidad desatada por el escándalo para presentar una moción de censura que fue apoyada por Podemos y los partidos catalanes. Sánchez eyectó a Rajoy del poder y se convirtió así en primer ministro el primero de junio de 2018.

La situación no dejó de ser compleja para Podemos: la vuelta al poder del PSOE en un gobierno de minoría era un mal augurio para su expansión electoral. Sánchez, por otro lado, logró

mostrar un «giro a la izquierda» dentro del PSOE, y aprovechó sus primeros meses en el gobierno para renovar su imagen progresista: nombró un gabinete de mayoría femenina, anunció el retiro del cadáver de Francisco Franco del Valle de los Caídos, y se mostró abierto al diálogo con los partidos independentistas catalanes. Como señaló Rodon (2020, pág. 11), la crisis catalana polarizó al electorado convirtiendo al PSOE la única opción progresista para la gestión del conflicto territorial. Las elecciones regionales en Andalucía no hicieron más que confirmar ese escenario con la entrada en escena de Vox, que consiguió 12 diputados regionales siendo la primera irrupción institucional de la ultraderecha desde 1975, amparándose en un férreo discurso nacionalista. Adelante Andalucía, la confluencia de UP, perdió un tercio de los votos con respecto a 2015.

A finales de 2018, el PSOE y Podemos fueron incapaces de conseguir que la izquierda republicana catalana (ERC) apoyara el proyecto de presupuesto del gobierno, quienes demandaron a cambio medidas efectivas con respecto a la causa catalana, frente a lo que el PSOE prefirió convocar a nuevas elecciones para 2019. Con esto inició un nuevo ciclo electoral que comprendió de elecciones generales en abril, elecciones europeas, autonómicas y municipales en mayo, y una repetición de las generales en noviembre.

En una campaña dominada por la cuestión catalana y la emergencia de Vox, las elecciones de abril confirmaron el declive de Unidas Podemos –que feminizó su nombre–. Sin una propuesta clara acerca de la cuestión catalana (Fernández & Moruno, 2017), Iglesias fracasó en imponer su agenda sobre la defensa de los derechos sociales como prioritaria. En la elección, UP perdió casi un millón y medio de votos y 29 diputados con respecto a 2016. El PSOE experimentó una leve recomposición impulsada por un aumento de la participación electoral, pero aun así necesitaba de aliados para mantenerse en el poder. En medio de las negociaciones para un acuerdo de gobierno entre el PSOE, UP y el ERC, las elecciones simultáneas de mayo clarificaron el escenario: el PSOE

era la primera minoría política nacional, pero tenía un techo; Ciudadanos, Vox y el PP –este último en plena descomposición electoral– componían un bloque dispuesto a acordar si la matemática se lo permitía; y, tercero, Unidas Podemos estaba en retracción en toda la geografía del Estado español (Rodon T. , 2020, pág. 14). Si la estabilización de la crisis económica había puesto límites a su estrategia populista, el auge del nacionalismo español como respuesta al independentismo catalán clausuró esa posibilidad. Ante un fracaso de las negociaciones entre el PSOE, Podemos y el ERC, se convocaron a nuevas elecciones generales en noviembre que mostraron un indicio de rearticulación del sistema de partidos: dos bloques, uno del centro hacia izquierda radical, y otro del centro hacia ultraderecha. Ambos redistribuían sus votos dentro de sí, pero no entre sí. Mientras que el PSOE y UP cayeron producto de una baja de la participación, el PP se recompuso de su peor elección histórica a costa de Ciudadanos, que quedó en una posición marginal perdiendo el 60% de sus votantes. Vox logró convertirse en un polo de atracción para el nacionalismo conservador, disparándose como tercera fuerza nacional. Apremiados por la situación, el PSOE y UP acordaron en menos de cuarenta y ocho horas la formación del primer gobierno de coalición desde 1936, repartiendo el gabinete de ministros según el peso de sus bloques parlamentarios. El nuevo gobierno, con Iglesias como vicepresidente, asumió sus funciones el 20 de enero de 2020.

El ciclo electoral de 2019 transformó a Unidas Podemos de forma sustantiva, quitándole lo que todavía quedaba de su perfil «populista» y transversal, convirtiéndose en una reformulación de Izquierda Unida que solo cosecha adhesiones en los votantes de izquierda que rechazan al PSOE. Como señalan Real-Dato y Sojka (2020, pág. 20) en 2019 el programa electoral de Podemos sostuvo posturas marcadamente similares a las de IU. Por otro lado, la entrada de UP a un gobierno de coalición con el PSOE tuvo como resultado en una nueva fractura: el grupo de la

Izquierda Anticapitalista decidió separarse formalmente de Podemos, donde ahora solo queda el núcleo *pablista*.

Si bien la crisis del coronavirus hace difícil evaluar el resultado del gobierno de coalición específicamente para Unidas Podemos, sí contamos con algunos elementos para marcar una tendencia. Desde el inicio el gobierno de coalición tres comunidades autónomas fueron a las urnas: Galicia y Euskadi en 2020 y Madrid en 2021. En los tres casos Podemos y sus confluencias, sufrieron un colapso electoral sustantivo, siendo a la vez reemplazados por las diferentes izquierdas regionales. En Galicia, la confluencia «Galicia en Común» desapareció del parlamento, mientras que el Bloque Nacionalista Gallego obtuvo su mejor resultado histórico. En Euskadi, Euskal Herria Bildu, el partido de la izquierda *abertzale*, también tuvo su mejor elección histórica a costa de «*Elkarrekin Podemos*», que quedó reducida a un rol testimonial. En 2021, Madrid se convirtió en un escenario de disputa nacional cuando Pablo Iglesias renunció a la vicepresidencia del Estado para encabezar la lista de UP. El resultado fue similar: Iglesias no logró contener el derrape electoral, mientras que Más Madrid—el partido, de momento regional, creado por Errejón—logró convertirse en la opción más votada de la izquierda. Todo esto indica que, a pesar de que Podemos logró su objetivo de llegar a ocupar espacios dentro del gobierno del estado, no pudo evitar afrontar una crisis existencial producto de su propio proceso de mutación constante. Ni de los problemas que conlleva cohabitar en el gobierno con la socialdemocracia clásica.

La aparición de Podemos en el 2014 cerró un ciclo y abrió otro. El periodo de movilización popular abierto con el 15M encontró su reconfiguración política con la puesta en marcha de Podemos, cuyo mayor éxito radicó en haber logrado canalizar la masa crítica despertada por la toma de las plazas y conducir las hacia el activismo político. Esto fue lo que permitió la apertura de un nuevo ciclo de crisis política dentro del España que todavía no ha encontrado un punto final

de estabilización. La irrupción de Podemos en el sistema político español fue lo suficientemente poderosa para terminar con la principal institución del régimen posfranquista, el bipartidismo, pero no tuvo la potencia suficiente para de derribarlo por completo. Desde 2014, el sistema político se ha transformado en elección tras elección haciendo que las últimas cuatro elecciones generales resultaran en un escenario de bloqueo institucional, enmendado de momento con acuerdos precarios entre las élites partidarias. En el Estado español, el movimiento contra la austeridad y el terremoto político de Podemos fue solapado cuando otro de los pilares del régimen del 78 implosionó, como producto del desafío catalán a la unidad territorial española. A pesar de que esta crisis tampoco ha sido superada, sí muestra que la capacidad del régimen del 78 para mantenerse en pie a pesar de su propia decrepitud. La principal cuestión ya no radica si el régimen posfranquista podrá recomponerse, sino dilucidar que forma tendrá en su mutación. En ese sentido, el declive de Podemos no parece generar un retorno a la normalidad política española anterior a su irrupción. En cambio, parece ser que la herida al sistema político infligida por Podemos abrió una serie de desafíos poliformes que el propio régimen no logra digerir. A tal efecto, es notable que hayan sido las izquierdas regionales quienes parecen formular una síntesis interesante entre el rechazo tanto a la austeridad como al acuerdo territorial de la arquitectura del Estado español. De una forma y otra, el 15M continúa transformando a España, diez años después de la ocupación de Puerta de Sol.

CONCLUSIONES

El 22 de enero de 2015, Pablo Iglesias subió al escenario montado en el centro de Atenas para el cierre de campaña de SYRIZA. Cuando tomó la palabra dijo, en griego, que “el viento de cambio sopla en Europa”. Una multitud le respondió en español: “Venceremos, SYRIZA, Podemos”. Había motivos para ese fervor. Unos minutos antes, Tsipras había dicho que iba a “acabar con la humillación nacional ordenada desde el extranjero”. Hoy, en 2021, ya no queda nada de ese entusiasmo. El final estrepitoso del gobierno de la izquierda radical griega convirtió a SYRIZA en un tímido partido ligeramente a la izquierda de Nueva Democracia, mientras que el propio Tsipras se ha vuelto una especie de paria para la izquierda mundial. Pablo Iglesias, por su parte, anunció su abandono de la política el 5 de mayo, después de recibir un duro golpe electoral a manos de un PP cada vez más corrido hacia la derecha. En tanto, Unidas Podemos continúa en el gobierno, convertido en un mero socio menor de la socialdemocracia española.

La Unión Europea, como señaló Paul Mason (2015), tuvo la particularidad de ser el único proyecto de libre mercado que contuvo en su diseño un amplio estado de bienestar producto de un contrato social manifiesto con la fuerza de trabajo. Ese arreglo histórico permitió la transformación de la integración europea de un proyecto de élites a uno anclado en los apoyos de amplias mayorías sociales. Pero la caída de ese acuerdo entre fuerzas sociales y su reemplazo por otro socialmente regresivo tuvieron un efecto político: la formación de un movimiento social transnacional que reformuló la política de izquierdas en Europa después de dos décadas de deriva.

En Grecia, España y Portugal, la irrupción del movimiento contra la austeridad desató un período de movilización social que reformuló las capacidades de la izquierda para presentar un proyecto de transformación social radical. Esa ventana de oportunidad fue abierta en buena medida

con la ocupación de Puerta del Sol en 2011 y alcanzó su punto de esplendor en junio de 2015, cuando la austeridad fue democráticamente rechazada vía referéndum en Grecia. Durante ese lapso, el movimiento contra la austeridad tuvo como principal efecto político la popularización de partidos de la nueva izquierda radical, como en Grecia y Portugal, o la generación de uno nuevo, como en el caso español. En los tres casos, además, la consolidación de la izquierda radical trajo un efecto complementario: el quiebre de la lógica central de la competencia política generada durante el proceso de europeización, es decir, el colapso de los bipartidismos. Fue un proceso ubicuo en los tres países de la periferia mediterránea de la eurozona, pero moldeado de forma nacional por dos variables. La primera, la profundidad del impacto de la crisis financiera, y la segunda, la responsabilidad de las socialdemocracias en la implementación de la austeridad como mecanismo de gobierno de la economía y la sociedad durante la crisis financiera.

La desestabilización de los sistemas políticos europeizados permitió la emergencia de discursos que pretendieron confrontar ya no solamente con las élites política locales, sino también con la lógica general del proceso de integración europeo, discutiendo tanto la configuración de la unión monetaria (como el Mecanismo Europeo de Estabilidad) como el núcleo del cuerpo legal europeo (como el Tratado de Maastricht). Conjuntamente, la oposición de la nueva izquierda radical a las élites locales y europeas dio forma, amparándose además en un ciclo de movilización popular, a un proceso incipiente de impugnación a la relación hegemónica que estructura el espacio europeo, cuya particularidad reside en articular grupos sociales, subordinados y dominantes, dentro de espacios más amplios que las comunidades políticas de los estados-nación, en un bloque histórico transnacional.

Este enfoque nos permitió analizar en conjunto las transformaciones ocurridas durante el segundo período después del estallido de la crisis de la eurozona, de junio de 2015 hasta nuestros

días, cuando la hegemonía del bloque histórico europeo, impugnado por la nueva izquierda radical, comenzó a estabilizarse como resultado de una revolución pasiva. Un proceso que comenzó en 2012 con la rotación de las élites dentro de las instituciones de la gobernanza europea –el BCE y la CE– y finalmente consagrado en 2015 cuando se formuló una mecánica dual para el manejo de la disidencia política radical. Por un lado, esa mecánica aleccionó a la única experiencia de la izquierda radical en el poder mientras que, por otro, se permitió –informalmente– relajar sus propias reglas para el gobierno de la economía moderando los efectos más impopulares de la austeridad allí donde las izquierdas se encontraban en un proceso de expansión. Este proceso dual de gestión de la disidencia de izquierdas reforzó la idea núcleo del proceso de integración según la cual no existen alternativas al orden político, económico y social europeo.

La revolución pasiva europea, además, logró explotar las contradicciones propias del movimiento contra la austeridad: un amplio movimiento interclasista que ligó a los sectores menos beneficiados por la integración europea con las clases medias diferencialmente afectadas por la austeridad. Si los primeros eran permeables a una impugnación más profunda del proceso de integración, el segundo grupo había conocido la mejor cara del modelo social europeo y fue mucho más renuente a la crítica visceral. Esta contradicción se trasladó hacia los partidos de la nueva izquierda radical, mostrando que buena parte de su base de apoyos durante el pico de la movilización contra la austeridad era contraria no al proyecto europeo, sino a lo que se interpretó como sus excesos. De diferentes maneras, las izquierdas radicales de Grecia, España y Portugal respondieron a esta tensión ensayando un discurso que amalgamó la crítica de izquierdas con el europeísmo. El resultado posterior mostró los límites de esa estrategia. En el caso griego, la adopción del europeísmo una vez en el poder significó renunciar a la izquierda; en los casos de

España y Portugal, una vez que la crisis financiera fue estabilizada las clases medias previamente movilizadas viraron nuevamente hacia opciones socialdemócratas marcadamente europeístas.

En el corto plazo ninguno de los escenarios es prometedor para las izquierdas. En Portugal, el Bloque de Izquierda aprovechó su expansión electoral para condicionar a la democracia de una forma más bien innovadora: encontró un punto intermedio para colaborar con la socialdemocracia clásica y plantear una alternativa a la austeridad, sin renunciar a su propio programa radical. Aun así, como hemos visto, la izquierda radical portuguesa no parece haber cosechado nuevos apoyos significativos en la sociedad. La colaboración imperfecta de la izquierda radical con la socialdemocracia europeísta ha generado un nuevo equilibrio político basado en un “empate” en el que ninguna fuerza política logra convertirse en mayoritaria. Hoy, con una izquierda radical contenida y de nuevo empujada hacia la oposición, el sistema político portugués se enfrenta a la emergencia de una fuerza de ultraderecha que amenaza con dar un golpe de efecto más potente que el crecimiento electoral de las izquierdas en la década anterior.

En España, la izquierda radical intentó transformar su potencia electoral en poder estatal y, a través de un acuerdo de gobierno formal con la socialdemocracia clásica, conformó el primer gobierno de coalición desde la Guerra Civil Española. Ahora bien, el resultado tampoco parece ser el esperado por Unidas Podemos. La socialdemocracia muestra un nivel de autonomía política sustantiva con respecto a la izquierda radical. En cambio, Unidas Podemos ha mostrado serias dificultades para explicar el porqué de su participación dentro de un gobierno que mantiene una serie de medidas que atentan contra su propio núcleo de demandas, como la continuidad de los desahucios o el aumento en el precio de la energía eléctrica. Electoralmente, la tendencia es similar. Unidas Podemos ha sido reemplazada por las izquierdas regionales, un indicio de que no ha logrado ofrecer una respuesta integral a la crisis territorial del estado español que no ha hecho más

que magnificarse. Por último, la consolidación de la extrema derecha española ha empujado el sistema político hacia una nueva estabilización, donde los grandes partidos de centroizquierda y centroderecha son respectivamente complementados por una fuerza menor, más radical, pero que solo compite en sus márgenes.

En el caso griego, la experiencia de SYRIZA da cuenta de los estrechos márgenes para la política de izquierdas dentro del paradigma del europeísmo, y su caída ha clausurado el escenario de la izquierda radical, probablemente por un período prolongado. El efecto continental de la derrota de la izquierda radical griega ha sido palpable: todavía funciona como el mayor ejemplo de que no hay alternativas al modelo de hegemonía que rige dentro del espacio europeo. El modelo de acumulación basado en el endeudamiento se ha profundizado. En junio de 2021, los bonos de deuda pública griegos rindieron resultados negativos –es decir, son los inversores quienes le pagan a Grecia para que se endeude, y no al revés–, a pesar de que su nivel de deuda supera el 200% de su PBI.

En suma, la crisis europea no ha sido superada sino reformulada en términos más amplios y con resultados todavía inciertos. El golpe simétrico de la crisis generada por la pandemia global del coronavirus ha solapado el continuum de la crisis financiera, pero nada ha sido trastocado. En este contexto, que la política de mutualización de la deuda europea mediante la emisión de “eurobonos” haya sido, a fin de cuentas, una decisión alemana muestra que la estructura decisional jerárquica de los mecanismos de la gobernanza europea se encuentra intacta.

Colaboración imperfecta, pacto de coalición o europeización plena, éstas han sido las tres opciones exploradas por las izquierdas radicales de la periferia mediterránea de la eurozona. En un nivel general, todas estas opciones frente a la recomposición de la hegemonía de la «Troika» europea han ofrecido resultados poco menos que óptimos. Sin embargo, el análisis conjunto de los

recorridos de las izquierdas radicales puede ofrecernos una mirada que nos ayude a pensar cómo puede volver a construirse un paradigma radicalmente alternativo al ofrecido por la globalización del capitalismo neoliberal en Europa. El Bloque de Izquierda logró unir una serie de nuevas demandas como el feminismo, el ecologismo, el antirracismo y la lucha contra la precarización laboral, poniendo en cuestión la primacía total de la clase social por sobre cualquier otro clivaje. Podemos nació como una plataforma ciudadana horizontalmente democrática que rechazó el centralismo y se propuso construir nuevos sujetos políticos populares. SYRIZA comprobó la sinergia posible entre la nueva izquierda y los movimientos sociales que convirtieron a una pequeña coalición de partidos extra parlamentarios en el principal partido político de Grecia, algo solo superado por la efervescencia popular que ocurrió cuando el pueblo griego fue llamado a las urnas para ser consultado sobre su destino.

Este recorrido por los ciclos de formación, auge y crisis de la nueva izquierda radical pretende demostrar que la resistencia es útil. El movimiento popular contra la austeridad confrontó con una tecnología de gobierno basada en la desposesión de las grandes mayorías y obligó a los sectores dominantes en Europa a recalcular algunos de los aspectos en los que se basaba su hegemonía, a la vez que permitió la reformulación de la izquierda después de dos décadas de ostracismo. Hoy, la tarea principal de la izquierda es la de releer la historia de sus propias derrotas y prepararse para la próxima vez.

Bibliografía

- ABC. (2 de mayo de 1959). «No queremos una España de proletarios, sino de propietarios». *ABC*, pág. 41.
- Abramsohn, J. (9 de March de 2010). Portugal announces austerity measures after public sector strike. *DW*.
- Agouridis, Y. (27 de diciembre de 2017). Batallas, Victorias, Derrotas, Compromisos y nuevas Negociaciones (en griego). *Avgi*. Obtenido de https://www.avgi.gr/arheio/170315_mahes-nikes-ittes-symbibasmoi-kai-nees-diapragmateyseis?amp
- Aguiar-Conraria, L. (11 de Julio de 2018). O milagre económico português. *Observador*.
- Agustín García, Ó., & Briziarelli, M. (2018). Wind of Change: Podemos, It's Dreams and It's Politics. En Ó. Agustín García, & M. (. Briziarelli, *Podemos and the New Political Cycle: Left-Wing Populism and Anti-Establishment Politics* (págs. 3-22). Cham: Palgrave Macmillan.
- Alabao, N. (9 de 11 de 2019). “El pacto en Portugal fue posible porque hubo una gran presión popular sobre los partidos de izquierda”. *CTXT*.
- Alderman, L. (22 de Julio de 2008). Portugal Dared to Cast Aside Austerity. It’s Having a Major Revival. *The New York Times*.
- Alderman, L. (21 de Marzo de 2019). El costo del resurgimiento económico griego. *New York Times*.
- Anderson, P. (23 de July de 2015). The Greek Debacle. *Jacobin Magazine*. Obtenido de <https://www.jacobinmag.com/2015/07/tspiras-syriza-euro-perry-anderson/>
- Antentas, J. M. (2017). Podemos and the Spanish Political Crisis. *Labor History*, vol. 58, 468-489.
- Arrighi, G. (1993). The three hegemonies of historical capitalism. En S. (. Gill, *Gramsci, Historical Materialism and International Relations* (págs. 148-185). Cambridge: Cambridge University Press.
- Baker, L., & Stott, M. (26 de February de 2013). EU's Barroso urges leaders to stick to austerity goals. *Reuters*. Obtenido de <https://www.reuters.com/article/us-euro-summit-barroso-idUSBRE91P0ML20130226>
- Baklanoff, E. N. (1996). Breve experiência de socialismo em Portugal:o sector das empresas estatais. *Análise Social*, vol. XXXI (138) , 925-947.
- Banco Mundial. (2020). *Banco Mundial*. Obtenido de Datos sobre las cuentas nacionales del Banco Mundial y archivos de datos sobre cuentas nacionales de la OCDE.: Datos sobre las cuentas nacionales del Banco Mundial y archivos de datos sobre cuentas nacionales de la OCDE.
- Barros, P. P., De Giorgi, E., & Moury, C. (2020). How to Combine Public Spending with Fiscal Rigour? Austerity by Stealth in Post-Bailout Portugal (2015-2019). *South European Society and Politics*, 25:2, 151-178.
- Bassets, M. (2015). Spain's New Patriots. *Dissident*, Vol. 63, N. 3, 112-117.
- Baumgarten, B. (2013). Geração à Rasca and beyond: Mobilizations in Portugal after 12 March 2011. *Current Sociology* 61(4), 457-473.
- Bieler, A., & Morton, A. D. (2018). Global Crisis and Trouble in the Eurozone. En A. Bieler, & A. D. Morton, *Global Capitalism, Global War, Global Crisis* (págs. 217-246). Cambridge: Cambridge University Press.
- Bloco de Esquerda. (2015). *Manifesto Eleitoral - Legislativas 2015*.
- Blyth, M. (2013). *Austerity: The History Of A Dangerous Idea*. Oxford: Oxford University Press.

- Burgi, N. (2017). Le démantèlement méthodique et tragique des institutions grecques de santé publique. *La Revue de l'Ires*, N° 91-92, 77-110.
- Carvajal, Á. (22 de agosto de 2015). La ruptura de Syriza abre una brecha en Podemos. *El Mundo*.
- Cordero, G., & Montero, J. R. (2015). Against Bipartyism, Towards Dealignment? The 2014 European Election in Spain. *South European Society and Politics Volume 20, Issue 3*, 357-379.
- Correia, M. (Septiembre de 2019). La cara oculta del milagro portugués. *Le Monde Diplomatique*.
- Costa Lobo, M., & Magalhães, P. C. (2011). Room for Manoeuvre: Euroscepticism in the Portuguese Parties and Electorate 1976–2005. *South European Society and Politics*, 16:01, 81-104.
- Costa, H. A., Estanque, E., & Fonseca, D. (2018). Building the "Contraption": Anti-Austerity Movements and Political Alternative in Portugal. En I. Díaz, E. M. Díaz, & B. (. Roca, *Challenging austerity. Radical left and social movements in the South of Europe* (págs. 111-132). New York: Routledge.
- Cox, R. W. (1983). Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method. *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 12: Issue 2, 162-175.
- Cué, C. (11 de diciembre de 2014). Rajoy: "La crisis ya es historia". *El País*.
- Cunha, C. (1993). L'opposition du parti communiste portugais à l'adhésion à la CEE. En P. Delwit, & J.-M. (. De Waele, *La Guahce face aux Mutations en Europe* (págs. 119-132). Bruxelles: Editions de l'Université de Bruxelles.
- de Almeida Correia, S. (2017). A evolução da militância em Portugal: enquadramento legal e tendências longitudinais. En M. Lisi, & P. (. do Espírito Santo, *Militantes e Ativismo nos Partidos Políticos: Portugal em Perspetiva Comparada* (págs. 29-68). Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais.
- De la Torre, J., & García-Zúñiga, M. (2013). El impacto a largo plazo de la política industrial del desarrollismo español. *Investigaciones de Historia Económica*, Vol. 9, N° 1, 43-53.
- de Nadal, L. (2021). On populism and social movements: from the Indignados to Podemos. *Social Movement Studies*, Volume 20, Issue 1, 36-56.
- de Sousa, L., Magalhães, P., & Amaral, L. (2014). Sovereign Debt and Governance Failures: Portuguese Democracy and the Financial Crisis. *American Behavioral Scientist*, 58, 1517-1542.
- Del Barrio, J. M. (8 de Septiembre de 2018). Portugal, el éxodo que no se recupera. *El País*.
- Deloy, C. (02 de february de 2009). The socialists win an absolute majority in the portuguese general elections. *Fondation Robert Schuman*.
- Dericquebourg, B. (2016). Los Dilemas de Syriza: ¿Historia de una decepción? *NUSO*, n° 261.
- Dias, H., & Fernandes, L. (2016). The November 2012 General Strike and Anti-Austerity Protest. *Workers of the World*, Vol. I, Number 8, 16-38.
- Díaz, D. (27 de abril de 2020). Cuando España dejó de ser un país industrial. *El Salto*.
- Diez, J. C. (3 de enero de 2018). ¿Finalizó la crisis? *El País*.
- Dinis, R. (25 de mayo de 2018). Costa dá lição à esquerda: "Provamos que era possível virar a página da austeridade sem sair do euro". *Observador*.
- Douzinas, C. (2017). *Syriza in Power*. London: Polity.
- ECB. (2014). *The Impact of the Economic Crisis on Euro Area Labour Markets*. Obtenido de https://www.ecb.europa.eu/pub/pdf/other/art1_mb201410_pp49-68.en.pdf
- El País. (4 de junio de 2014). El Rey anuncia su abdicación. *El País*.

- Elliott, L. (28 de enero de 2010). No EU bailout for Greece as PM promises to 'put house in order'. *The Guardian*. Obtenido de *The Guardian*: <https://www.theguardian.com/business/2010/jan/28/greece-papandreou-eurozone>
- Elorza, A. (5 de Julio de 2015). "Leninismo Amable". *El País*.
- Errejón, Í. (11 de enero de 2016). Abriendo brecha: apuntes estratégicos tras las elecciones generales. *Público*.
- Errejón, I., & Mouffe, C. (2016). *Podemos: In the Name of the People*. Londres: Lawrence & Wishart.
- Errejón, Í., Maestre, R., Bustinduy, P., & Serra, C. (2017). *Desplegar las Velas, un Podemos para gobernar*. Madrid: Recuperar la Ilusión.
- Espírito Santo, P., & Ferreira Costa, B. (2017). Filiados e Militantes Partidários: Perfis da Filiação Partidária Numa Perspetiva Comparada. *Revista Lusófona de Estudos Culturais*, vol. 4, N. 2, 109-129.
- Esquerda. (31 de Marzo de 2017). <https://www.esquerda.net/artigo/novo-banco-foi-vendido-preco-zero-ao-lone-star/47911>. *Esquerda*.
- Euronews. (2015). *El ministro de Finanzas griego Varoufakis se niega a cooperar con la troika*. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=yGwYQgrlRsY>
- Europapress. (18 de julio de 2012). Rajoy admite que hay ajustes que no le gustan pero no hay "alternativa". *Europapress*.
- European Central Bank . (2021). *Statistical Data Warehouse*. Obtenido de https://sdw.ecb.europa.eu/quickview.do?SERIES_KEY=132.STS.M.GR.S.UNEH.RTT000.4.000
- Eurostat. (february de 2019). Euro area unemployment at 8.5%. European Union. Obtenido de [https://ec.europa.eu/eurostat/documents/2995521/8782899/3-04042018-BP-EN.pdf/15f41da1-720e-429b-be25-80f7b2fb22cd#:~:text=The%20euro%20area%20\(EA19\)%20seasonally,euro%20area%20since%20December%202008](https://ec.europa.eu/eurostat/documents/2995521/8782899/3-04042018-BP-EN.pdf/15f41da1-720e-429b-be25-80f7b2fb22cd#:~:text=The%20euro%20area%20(EA19)%20seasonally,euro%20area%20since%20December%202008).
- Fabra, M., & Guede, A. (20 de Noviembre de 2012). El primer año de Rajoy contra su programa electoral. *El País*.
- Feldstein, M. (January/February de 2012). The Failure of the Euro: The Little Current that Couldn't. *Foreign Affairs*.
- Fernandes, J. (2016). The seeds for party system change? The 2015 Portuguese general election. *West European Politics*, 1-11.
- Fernandes, J. M. (2011). The 2011 Portuguese Election: Looking for a Way Out. *West European Politics*, Vol. 34, No. 6, 1296–1303.
- Fernández, B., & Moruno, J. (2017). Podemos Under Pressure. (E. Gilmartin, Entrevistador) *Jacobin Magazine*.
- Ferreira da Silva, F., & Mendes, M. S. (2019). Portugal – A Tale of Apparent Stability and Surreptitious Transformation. En S. Hutter, & H. (. Kriesi, *European Party Politics in Times of Crisis* (págs. 139-164). Cambridge: Cambridge University Press.
- Finn, D. (2017). Luso Anomalies. *New Left Review*, 106, 5-32.
- Fishman, R., & Everson, D. W. (2016). Mechanisms of Social Movement Success: Conversation, Displacement and Disruption. *Revista Internacional de Sociología* 74 (4), 1-10.
- Flassbeck, H., & Lapavistas, C. (2015). *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone*. London: Verso.

- Franzé, J. (2017). La trayectoria del discurso de Podemos: del antagonismo al agonismo. *Revista Española de Ciencia Política*, 44, 219-246.
- Freire, A. (2005). Party system change in Portugal, 1974–2005: the role of social, political and ideological factors. *Portuguese Journal of Social Science*, Vol. 4, Number 2., 21-40.
- Freire, A. (2006). The Party System of Portugal. En M. Haas, O. Niedermayer, & R. (. Stöss, *Die Parteiensysteme Westeuropas* (págs. 373-396). Wiesbaden: VS Verlag für Sozialwissenschaften.
- Freire, A. (2010). A New Era in the Democratic Portugal? The 2009 European, Legislative and Local Elections. *South European Society and Politics*, 15-04, 593-613.
- Freire, A. (2010). A New Era in the Democratic Portugal? The 2009 European, Legislative and Local Elections. *South European Society and Politics*, 15:04, 593-613.
- Freire, A., & Moury, C. (2013). Austerity Policies and Politics: The Case of Portugal. *Pôle Sud* N° 39, 35-56.
- Friedman, T. L. (11 de May de 2010). Greece's Newest Odyssey. *New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2010/05/12/opinion/12friedman.html>
- Geração À Rasca. (2011). *Geração À Rasca: Manifesto*. Obtenido de <https://geracaoenrascada.wordpress.com/manifesto/>
- Gill, S., & Law, D. (1993). Global hegemony and the structural power of capital. En S. (. Gill, *Gramsci, Historical Materialism and International Relations* (págs. 93-124). Cambridge: Cambridge University Press.
- Gómez-Reino Cachafeiro, M., & Plaza-Colodro, C. (2018). Populist Euroscepticism in Iberian party systems. *Politics*, Vol. 38, Issue 3, 1-17.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la Cárcel: Tomo III*. Ciudad de México: Era.
- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la Cárcel, Edición Crítica del Instituto Gramsci. Tomo IV*. México D. F.: Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel, Edición crítica del Instituto Gramsci. Tomo V*. México D.F.: Ediciones Era.
- Habermas, J. (1988). *Legitimation Crisis*. Cambridge: Polity Press.
- Habermas, J. (25 de June de 2015). Why Angela Merkel Is Wrong On Greece. *Social Europe*. Obtenido de <https://www.socialeurope.eu/why-angela-merkels-is-wrong-on-greece>
- Hall, P. A. (2012). The Economics and Politics of the Euro Crisis. *German Politics*, 21(4), 355-371.
- Iglesias, P. (8 de junio de 2016). ¿Una cuarta socialdemocracia? *Público*.
- Iglesias, P., & Rivero, J. (2015). *Podemos: la fuerza política que está cambiando a Europa*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- IMF. (2010). *Greece: Staff Report on Request for Stand-By Arrangement*. Obtenido de <https://www.imf.org/external/pubs/ft/scr/2010/cr10110.pdf>
- Jiménez Barca, A. (5 de abril de 2013). El Constitucional portugués anula una parte clave de los recortes. *El País*.
- Jiménez Barca, A. (19 de Diciembre de 2013b). El Constitucional de Portugal tumba los recortes en pensiones. *El País*.
- Kanellopoulos, K., & Kousis, M. (2018). Protest, Elections and Austerity Politics in Greece. En *Living under Austerity: Greek Society in Crisis* (págs. 90 - 112). New York - Oxford: Berghahn Books.
- Karamichas, J. (2009). The December 2008 riots in Greece. *Social Movement Studies*, No. 3, 289-93.

- Katsourides, Y. (2016). SYRIZA: The History of the Struggle. En Y. Katsourides, *Radical Left Parties in Government* (págs. 45-69). London: Palgrave Macmillan.
- Katsourides, Y. (2016b). The Radical Left in Government: Two Steps Back. En *Radical Left Parties in Government: The Cases of SYRIZA and AKEL* (págs. 117-144). London: Palgrave Macmillan.
- Kentikelenis, A., Karanikolos, M., Papanicolas, I., Basu, S., McKee, M., & Stuckler, D. (2011). Health effects of financial crisis: omens of a Greek tragedy. *Lancet*, 1457-1458.
- Kioupkiolis, A. (2016). Podemos: the ambiguous promises of left-wing populism in contemporary Spain. *Journal of Political Ideologies, Vol. 21, Issue 2*, 99-120.
- Kioupkiolis, A., & Katsambekis, G. (2018). Radical Left Populism from the Margins to the Mainstream: A Comparison of Syriza and Podemos. En O. G. Agustín, & M. (. Briziarelli, *Podemos and the New Political Cycle: Left-Wing Populism and Anti-Establishment Politics* (págs. 201-226). Cham: Palgrave Macmillan.
- Kitsantonis, N. (3 de February de 2019). Greece, 10 Years Into Economic Crisis, Counts the Cost to Mental Health. *The New York Times*. Obtenido de <https://www.nytimes.com/2019/02/03/world/europe/greece-economy-mental-health.html>
- Kouvelakis, S. (2012). El Crisol Griego. *New Left Review, Vol. 72*, 15-29.
- Kouvelakis, S. (9 de MARCH de 2015). SYRIZA en la cuerda floja. *CADTM*. Obtenido de <https://www.cadtm.org/Syriza-en-la-cuerda-floja>
- Kouvelakis, S. (2015b). *La Grèce, SYRIZA et l'Europe néolibérale. Entretiens avec Alexis Cukier*. Paris: La Dispute.
- Kouvelakis, S. (2016). Ascenso y Caída de SYRIZA. *New Left Review 97*, 45-73.
- Kouvelakis, S. (2018). Zona Fronteriza: Grecia y la cuestión meridional en la Unión Europea. *New Left Review 110*, 7-38.
- Krugman, P. (24 de June de 2012). Revenge of the Optimun Currency Area. *The New York Times*.
- La Voz de Galicia. (2 de junio de 2015). Monedero identifica Grecia como un aviso a Podemos. *La Voz de Galicia*.
- Ladrech, R. (1994). Europeanization of Domestic Politics and Institutions: The Case of France. *Journal of Common Market Studies, Vol. 32, No. 1*, 69-88.
- Lancaster, T. (2017). The Spanish general elections of 2015 and 2016: a new stage in democratic politics? *West European Politics, 40(4)*, 919-937.
- Lapavitsas, C. (25 de June de 2015). Greece is being blackmailed. Exiting the eurozone is its way out. *The Guardian*. Obtenido de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2015/jun/25/greece-blackmailed-eurozone-troika-syriza-common-currency>
- Lapavitsas, C. (26 de January de 2016). One year on, Syriza has sold its soul for power. *The Guardian*. Obtenido de <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/jan/25/one-year-on-syriza-radicalism-power-euro-alexis-tsipras>
- Lapavitsas, C. (2018). *The Left Case Against the EU*. London: Polity.
- Lisi, M. (2009). New Politics in Portugal: the Rise and Success of the Left Bloc. *Pole Sud, N° 30*, 127-144.
- Longo, M., & Murray, P. (2015). *Europe's Legitimacy Crisis: From Causes to Solutions*. New York: Palgrave Macmillan.
- López de Miguel, A. (20 de noviembre de 2014). Así funcionan los Círculos de Podemos. *Público*.
- López, I., & Rodríguez, E. (2010). El Modelo Español. *New Left Review*, 5-26.

- López, V. (3 de Marzo de 2014). Los portugueses emigran ahora más que en la dictadura. *El Mundo*.
- Lourtie, P. (2011). Understanding Portugal in the Context of the Euro Crisis. *Peterson Institute for International Economics and Bruegel*, 1-36.
- Lyrintzis, C. (2011). Greek Politics in the Era of Economic Crisis: Reassessing Causes and Effects. *Hellenic Observatory Papers on Greece and Southeast Europe*, 1-25.
- Maestre, R., Ballester, Á., Honorato, A., Maura, E., & Montero, A. (2017). *Documento Organizativo*. Madrid: Recuperar la Ilusión.
- Magone, J. M. (2006). The Rise and Fall of the Right-Centre Coalition Government in Portugal (2002-2005). *Lusotopie*, XII(1), 39-59.
- Manetto, F. (2014 de Julio de 2015). Podemos aparca una reordenación de la deuda como la de Grecia. *El País*.
- Manetto, F. (16 de junio de 2016). Iglesias reivindica a Zapatero como el “mejor presidente de la democracia”. *El País*.
- March, L. (2011). *Radical Left Parties in Europe*. London: Routledge.
- Martía, D., & Cetrà, D. (2016). The 2015 Catalan election: a de facto referendum on independence? *Regional & Federal Studies*, 1-13.
- Martins, C. (2017). The Portuguese Experiment. *New Left Review*, 106, 33-55.
- Marujo, M., & Francisco, S. (11 de noviembre de 2018). Geringonça esteve em risco por causa da TSU. *Diário de Notícias*.
- Mason, P. (2015). Preface. En H. Flassbeck, & C. Lapavistas, *Against the Troika: Crisis and Austerity in the Eurozone* (págs. ix-xii). Londres: Verso.
- Matsaganis, M., & Pérez, S. A. (23:2, 192-207, de 2018). The Political Economy of Austerity in Southern Europe. *New Political Economy*, 23:2, 192-207.
- Mavridis, S. (2018). Greece's Economic and Social Transformation 2008-2017. *Social Sciences*, 1-14.
- Mavris, Y. (2012). Greece's Austerity Election. *New Left Review* 76, 83-94.
- Medina, I., & Correa, P. (2016). The 2015 Spanish election: the times they are a' changing. *Regional & Federal Studies*, Vol. 26, Issue 3, 407-417.
- Mendes, L. (2020). Bye Bye Lisboa. Airbnb, Gentrificación Turística y Crisis de Vivienda. *Crítica Urbana*, N.10, 14-17.
- Minguijón Pablo, J., & Pac Salas, D. (2013). La Primavera Española del Movimiento 15M. *Política y Gobierno*, N° 2, 359-389.
- Monedero, J. C. (2020). Postdemocracy, Postpolitics, and Populism: Fresh Political Thinking and Podemos. *Latin American Perspectives*, 1-23. doi:<https://doi.org/10.1177/0094582X19898244>
- Mudde, C. (2017). *SYRIZA: The Failure of the Populist Promise*. Cham: Palgrave Macmillan.
- Nogueira Pinto, T. (2 de Abril de 2021). The end of the Portuguese exception. *GIS*.
- OECD. (2021). *Affordable Housing Database*. París: OECD Social Policy Division - Directorate of Employment, Labour and Social Affairs. Obtenido de <https://www.oecd.org/els/family/HM1-3-Housing-tenures.pdf>
- Pacheco Pereira, J. (1988). El Partido Comunista Portugués y la Izquierda Revolucionaria. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, Nums. 60-61, 69-100.
- Parker, O., & Tsarouhas, D. (2018). Conclusion. En O. Parker, & D. (. Tsarouhas, *Crisis in the Eurozone Periphery: The Political Economies of Greece, Spain, Ireland and Portugal* (págs. 203-211). Sheffield: SPERI Research & Policy.

- Patriots, S. N. (2015). Bassets, Marc. *Dissident, Vol. 63, No. 3*, 112-117.
- Pedroso, P. (2014). *Portugal and the Global Crisis: The impact of austerity on the economy, the social model and the performance of the state*. Friedrich Ebert Stiftung.
- Petras, J. (15 de June de 2015). *Syriza: Plunder, Pillage and Prostration. (How the ‘ Hard Left’ embraces the policies of the Hard Right)*. Obtenido de The James Petras Web Site: <https://petras.lahaine.org/?p=2039>
- Príncipe, C. (2017). *Anti-Austerity and the Politics of Toleration in Portugal*. Berlin: Rosa Luxemburg Stiftung.
- Pulido Valente, V. (31 de Agosto de 2014). A geringonça. *Público*.
- Real-Dato, J., & Sojka, A. (2020). The Rise of (Faulty) Euroscepticism? The Impact of a Decade of Crises in Spain. *South European Society and Politics*, 1-28. doi:10.1080/13608746.2020.1771876
- Reis, R. (2015). Looking for a Success in the Euro Crisis Adjustment Programs: The Case of Portugal. *Brookings Papers on Economic Activity*, 433-447.
- Relea, F. (5 de Abril de 2011). Portugal se rinde y pide el rescate financiero a sus socios europeos. *El País*.
- Rendueles, C., & Sola, J. (2015). Podemos y el «populismo de izquierdas» ¿Hacia una contrahegemonía en el sur de Europa? *Revista Nueva Sociedad, N.º. 258*, 29-44.
- Rhoads, C. (10 de 7 de 2010). Obtenido de The Wall Street Journal: <https://www.wsj.com/articles/SB10001424052748703636404575352991108208712>
- Riveiro, A. (28 de mayo de 2016). Pablo Iglesias reivindica "una nueva socialdemocracia" frente al intento de situarle en la extrema izquierda. *El Diario*.
- Robinson, W. (2005). Gramsci and Globalisation: From Nation-State to Transnational Hegemony. *Critical Review of International Social and Political Philosophy, Vol. 8, Issue 4*, 559-574.
- Rodon, T. (2020). The Spanish electoral cycle of 2019: a tale of two countries. *West European Politics, Volume 43, Issue 7*, 1490-1512.
- Rodon, T., & Hierro, M. J. (2016). Podemos and Ciudadanos Shake up the Spanish Party System: The 2015 Local and Regional Elections. *South European Society and Politics, 21(3)*, 339–357.
- Rodrigues, S. (21 de septiembre de 2012). Passos Coelho: “Não somos cegos nem surdos perante as dificuldades”. *Público*.
- Romero, J. M. (16 de Mayo de 2010). Dos minutos que cambiaron a España. *El País*.
- Ruiz Jimenez, A., & Egea de Haro, A. (2011). Spain: Euroscepticism in a Pro-European Country? *South European Society and Politics 16(1)*, 105-131.
- Rupert, M. (1993). Alienation, capitalism and the inter-state system: Toward a Marxian/Gramscian critique. En S. (. Gill, *Gramsci, Historical Materialism and International Relations* (págs. 67-92). Cambridge: Cambridge University Press.
- Sánchez-Cuenca, I. (2014). La política en los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero. En C. Navajas Zubeldía, & D. (. Iturriaga Barco, *España en democracia. Actas del IV Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo* (págs. 97-109). Logroño: Universidad de La Rioja.
- Sánchez-Vallejo, M. A. (1 de september de 2018). Fuga de cerebros: la generación perdida de Grecia. *El País*. Obtenido de https://elpais.com/economia/2018/09/01/actualidad/1535810256_134899.html
- Schmidt, V. (2020). *Europe’s Crisis of Legitimacy: Governing by Rules and Ruling by Numbers in the Eurozone*. London: Oxford University Press.

- Sheenan, H. (2016). *The SYRIZA wave: Surging and Crashing with the Greek Left*. New York: Monthly Review Press.
- Soares, A. G. (2009). Portugal: an Incomplete Europeanization. *Working Papers GHES - , ISEG - Lisbon School of Economics and Management, GHES - Social and Economic History Research Unit, Universidade de Lisboa.*, 4-21.
- Spourdalakis, M. (2013). Left Strategy in the Greek Cauldron: Explaining SYRIZA's Success'. En L. Panitch, G. Albo, & V. Chibber, *Socialist Register 2013: The Question of Strategy* (págs. 98-120). London: Merlin Press.
- Stamouli, N., & Bouras, S. (14 de julio de 2015). Greek Prime Minister Alexis Tsipras Pushes to Keep Political Support. *The Wall Street Journal*.
- Stavrakakis, Y., & Katsambekis, G. (2014). Left-wing populism in the european periphery: the case of SYRIZA. *Journal of Political Ideologies*, 119-142.
- Stiglitz, J. E. (2016). *El euro: cómo la moneda común amenaza el futuro de Europa*. Barcelona: De Bolsillo.
- Stobart, L. (2016). From the Indignados to Podemos? En C. Príncipe, & B. Sunkara, *Europe in Revolt: Mapping the New European Left* (págs. 175-190). Londres: Haymarket Books.
- Streeck, W. (2017). *¿Cómo Terminará el Capitalismo? Ensayos Sobre un Sistema en Decadencia*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Suanzes, P. (15 de January de 2018). El legado de Jeroen Dijsselbloem: eficiencia y errores garrafales. *El Mundo*. Obtenido de <https://www.elmundo.es/economia/macroeconomia/2018/01/15/5a5b95f1468aeb762f8b4596.html>
- Synaspismos. (2004). Resolución Política del 4to Congreso (en griego).
- Synaspismos. (2005). Discurso de N. Chountis durante la Conferencia Organizacional . Obtenido de <http://www.syn.gr/gr/keimeno.php?id=7156>
- SYRIZA. (2013). *Political Decision of the 1st (Founding) Conference*. Obtenido de <https://www.syriza.gr/article/id/32409/Politikh-Apofash-1oy-Idrytikoy-Synedrioy.html#>
- SYRIZA. (August de 2014). *The Thessaloniki Programme*. Obtenido de <https://www.syriza.gr/article/SYRIZA---THE-THESSALONIKI-PROGRAMME.html>
- SYRIZA. (15 de August de 2015). Programa Paralelo: programa para las elecciones de septiembre de 2015. Atenas. Obtenido de <https://www.syriza.gr/article/id/62614/To-schedio-toy-kybernhitikoy-programmatos-toy-SYRIZA-.html>
- Taibo, C. (2012). The Spanish Indignados: A Movement With Two Souls. *European Urban and Regional Studies*, 20(1), 155-158.
- Talley, I. (31 de Enero de 2014). The History of the IMF and Greece's Bailout . *The Wall Street Journal*. Obtenido de The Wall Street Journal: <https://www.wsj.com/articles/BL-RTBB-4128>
- Teixeira, N. S. (2012). Introduction: Portugal and European Union. En N. S. Teixeira, & A. (. Costa Pinto, *The Europeanization of Portuguese Democracy* (págs. 7-26). New York: Columbia University Press.
- Teruel, J. R., & Barrio, A. (2015). Going National: Ciudadanos from Catalonia to Spain. *South European Society and Politics*, 21(4), 1-25.
- Tsatsanis, E., & Teperoglou, E. (2016). Realignment under Stress: The July 2015 Referendum and the September Parliamentary Election in Greece. *South European Society and Politics*, 427-450.

- Tsirbas, Y. (2015). The January 2015 Parliamentary Election in Greece: Government Change, Partial Punishment and Hesitant Stabilisation. *South European Society and Politics*, 1-22.
- Urbán, M. (9 de febrero de 2014). Todo el poder los Círculos. *Público*.
- Varela, R. (2019). *A People's History of the Portuguese Revolution*. Northampton: Pluto Press.
- Varoufakis, Y. (2017). *Adults in the Room: My Battle with Europe's Deep Establishment*. London: Penguin Random House.
- Velasco, I. (18 de septiembre de 2015). Pablo Iglesias cierra la campaña griega: 'Tsipras es un león. Podemos está con él'. *El Mundo*.
- Vernardakis, C. (2011). *Political Parties, Elections and the Party System: The Transformations of Political Representation 1999-2010*. Athens: Sakkoulas.
- Vidal, G. (2017). Challenging business as usual? The rise of new parties in Spain in times of crisis. *West European Politics, Vol. 41, Issue 2*, 261-286 .
- Zarzalejos, J. (2016). Populism in Spain: an analysis of Podemos. *European View, Volume: 15 issue: 2*, 183-191.